

El itinerario místico del creyente

A partir de los símbolos del Evangelio de Juan¹

Gerardo Daniel Ramos SCJ

Introducción

La intención de este libro es adentrar al lector en el significado humano-espiritual de la simbología del cuarto evangelio, y permitirle ir recorriendo su sugerente riqueza de un modo autoimplicativo. Es decir, pretendo algo análogo a lo oportunamente hice en *El evangelio de la misericordia*², a partir del texto de Lucas.

Para ello parto principalmente de escenas del llamado “libro de los signos” (capítulos 1-12), procurando hacer una *lectio* más o menos dinámica de cada cuadro; profundizando algunas perspectivas y afirmaciones teológicas (rastreándolas en los discursos puestos en boca de Jesús), y enmarcando el comentario exegético-pastoral en una reflexión más amplia, en torno a los símbolos humano-religiosos específicos que en cada cuadro iré destacando.

Trataré siempre de seguir el actual orden del evangelio y de cada uno de sus textos, introduciendo a los personajes intervinientes con una cierta libertad contemplativa: con la misma “soltura” con que Ignacio de Loyola propone hacer, en sus *Ejercicios Espirituales*, la “composición de lugar”; “viendo”, “oyendo” y “mirando” a las personas “como si me hallara allí presente” (cf *EE* 106-108)³. Para ello me valdré de una lectura intertextual de los relatos, ya que ésta es muy apta para poner más de relieve el simbolismo bíblico presente en cada pasaje.

Pero además, mi propósito es lograr trazar un cierto itinerario místico para el creyente, el cual podría en cierto modo intuirse mirando rápidamente el *Índice* de este libro. Con este fin, iré incluyendo algunas preguntas y comentarios oportunos a lo largo de cada meditación, según convenga, de modo que esto logre una actitud más autoimplicativa por parte del lector.

¹ El libro fue publicado con el mismo título por Ed. Guadalupe (Buenos Aires 2006), y estuvo sujeto a contrato hasta 2010.

² RAMOS, G., *El evangelio de la misericordia. Lucas en clave espiritual*, Claretiana, Buenos Aires 2004.

³ Como suele hacerlo el Cardenal Carlo Martini en sus numerosos retiros bíblicos ignacianos.

Por último, no puedo dejar de agradecer -breve y sinceramente- el aporte que me supusieron las enseñanzas del padre Luis H. Rivas en orden a la composición del presente escrito. Me vienen a la memoria tanto aquellas recibidas en los cursos de grado en la Facultad de Teología de la UCA, como también en varias conferencias de las que ulteriormente pude ir participando, o a través de la lectura de algunas de sus numerosas publicaciones. En particular, destaco su obra maestra *El evangelio de Juan. Introducción, teología, comentario*, San Benito, Buenos Aires 2005, a la cual remito al lector para una ulterior profundización en la riqueza del cuarto evangelio.

* * *

1. La identidad del Bautista: *el testimonio*

Al comenzar un itinerario de crecimiento humano-espiritual una de las cosas más difíciles es lograr autolimitarse descubriendo aquello que “no se es”⁴. Principalmente, para poder concentrarse en el propio centro teologal, y para evitar dispersarse o fragmentarse en búsquedas ajenas a las que deben involucrar todas nuestras energías. Esto parece hoy un desafío casi contracultural, ya que en general el típico narcisismo postmoderno parecería querer conducir a las personas a una cierta conciencia de omnipotencia y protagonismo permanente.

Juan el Bautista parecía tener muy claro que debía autolimitarse y desaparecer⁵. Pudiera ser que no conociese con todo el detalle del caso las connotaciones de su misión, y sobre todo muchas cuestiones concernientes al Mesías que debía venir; pero lo que sí tenía claro era que él no era ese Mesías, y que en cambio estaba llamado a encontrarlo y señalarlo para que quienes vinieran después de él pudiesen seguirlo. Todos los evangelios se esmeran en poner esto de relieve, debido a que en los albores del cristianismo, muchos creyentes habían confundido a Juan con el verdadero Mesías.

“Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: ‘¿Quién eres tú?’ Él confesó, y no negó; confesó: ‘Yo no soy el Cristo’. Y le preguntaron: ‘¿Qué entonces?’; ¿Eres tú Elías?’ El dijo: ‘No lo soy’ – ‘¿Eres tú el profeta?’ Respondió: ‘No’. Entonces le dijeron: ‘¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?’ Dijo él: ‘Yo soy la voz del que clama en el desierto: Rectifiquen el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías’. Habían sido enviados por los fariseos. Y le preguntaron: ‘¿Por qué, entonces, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?’ Juan les respondió: ‘Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes está uno a quien no conocen que viene detrás de mí, a quien yo no soy

⁴ Tomo esta idea, aplicada a Juan Bautista, de MENAPACE, M., “Apuntes del Retiro predicado al clero de la diócesis de Santiago del Estero, sobre el evangelio de San Juan” (Santiago del Estero, Jun. 2000).

⁵ Reflexioné sobre la figura del Bautista a partir de los textos de Lucas en *El evangelio de la misericordia...*, 20-27. Para profundizar el presente comentario, cf RIVAS, L., *El Evangelio de Juan...*,137-144. Más brevemente: FERNÁNDEZ RAMOS, F., “Evangelio según San Juan”, en VVAA, *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia, Sígueme, Madrid 1995, 272. Más profundamente: SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según san Juan. Versión y comentario*, Herder, Barcelona 1980-7, (I) 309-342.

digno de desatarle la correa de su sandalia’ Esto ocurrió en Bethabara, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

“Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: ‘He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo’ ” (1,19-30)⁶.

1.1. Tener claro quién no se es

Juan tiene claro quién no es. A quienes lo interrogan a respecto, él les dice: “*Yo no soy el Cristo*” (1,20). En cambio, se autodefine como “*la voz del que clama en el desierto*” (1,23), recordándonos así la voz profética de Isaías preparando el regreso del destierro, a modo de “segundo éxodo”. Así también Juan tiene que preparar el camino a una especie de Nuevo Moisés; que no es él mismo, sino que “*viene detrás de mí*” (1,27).

Por otro lado, él sabe que, a su vez, ése que “*se ha puesto delante de mí (...), existía antes que yo*” (1,15.30), y que él no es digno “*de desatar la correa de su sandalia*” (1,27). Esto es decir mucho, dado que desatar la correa de las sandalias era una tarea sumamente humillante, que sólo podía exigírsele a un esclavo extranjero. En esta misma línea discurre el Prólogo al evangelio, el cual nos ponía en alerta aclarando que Juan “*no era la luz*” (1,8), sino que era “*un hombre*” (1,6); y que más bien, “*la Palabra era la luz verdadera*” (1,9), ya que esa “*Palabra era Dios*” (1,1).

Estas distinciones marcarán también una diferencia en el modo de concebir su misión y, particularmente, el bautismo que confería a los que se acercaban para ser purificados. Dirá Juan: “*Yo bautizo con agua*” (1,26), como signo de conversión; pero el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, “*es el que bautiza con Espíritu Santo*” (1,33).

Hemos escuchado muchas veces que la verdad es el fundamento de la auténtica humildad. Juan sabía que debía presentar al Mesías, y no sustituirlo. En ningún momento pretendió reemplazar al Señor. Por eso fue considerado por Jesús como “*el mayor de los nacidos de mujer*” (cf Mt 11,11). En nuestro caso, no nos resulta siempre tan fácil hacernos a un lado; sobre todo cuando nos adviene la tentación de convertirnos en el “pequeño mesías” de

⁶ Los textos joánicos que transcribo los tomo, con leves modificaciones, de la Biblia de Jerusalén (1998).

turno, en relación a alguna situación o campo concreto de nuestra actividad humana o pastoral. Muchas veces pretendemos convertirnos en pilotos de la historia salvífica, y queremos que el Señor sea nuestro copiloto...

1.2. El testimonio de la luz

Pero además, pese a que Juan no conocía todos los avatares posteriores que tendría la vida terrena de Jesús, sabía que oportunamente debía dar testimonio de Él. Suponía que de algún modo Dios le comunicaría quién era su Elegido, como lo había hecho con anteriores profetas en relación a otros líderes carismáticos y reyes en la tradición véterotestamentaria. El cuarto evangelio afirma, casi consecutivamente por tres veces, que Juan “*vino para un testimonio [=martiria]*”; es decir, “*para dar testimonio de la luz*” (1,8). En efecto, “*Juan da testimonio*” (1,15) de que Jesús “*es el Elegido de Dios*” (1,34). Los evangelios sinópticos nos refieren el “martirio” efectivo del Bautista, e incluso nos hacen ver que éste es una prefiguración del de Jesús (cf *Mc* 6,17-29; *Mt* 14,3-12). O también nos muestran que sólo después del martirio de Juan, el ministerio del nazareno puede manifestarse plenamente (*Mc* 1,14; *Lc* 3,19-20).

Lo cierto es que tampoco a nosotros el Señor nos pide siempre ocuparnos de las cosas en primera persona, sino que muchas veces lo que espera de cada uno/a es que vayamos percibiendo e indicando quién o quiénes podrían hacer esas cosas o desempeñar esos roles necesarios para la vida de la Iglesia o de la sociedad con mayor eficacia. Muchas veces nuestra misión pasa por descubrirlos y señalarlos. Y esto porque, si bien cada uno tiene su carisma y talento que no debe enterrar, ninguno de nosotros los tiene todos. Por eso, dar testimonio de la luz significa muchas veces poner de relieve al “elegido de Dios” para una misión concreta.

1.3. Aprender a desaparecer

Comparando lo dicho sobre el Bautista con los textos sinópticos, se ve cómo la intención de los evangelistas es mostrar que Juan va “desapareciendo”⁷. Por eso se lo ve pasar de un protagonismo indiscutido a una posición casi marginal e irrelevante. A medida que señala y da lugar al Mesías, el “*amigo del novio*” (3,29) se va poniendo en segundo plano. Juan Bautista es consciente de que “*es preciso que [Jesús] crezca y yo disminuya*” (3,30).

Dar testimonio de Jesús es señalar la presencia de Dios en la historia, ocultándose muchas veces a sí mismo. Sólo entonces puede brillar más elocuente y sacramentalmente la antorcha que cada uno de nosotros lleva, y que prefigura la Luz verdadera (cf *Jn* 8,12). La más luminosa antorcha de Juan se “encendió” en la cárcel del palacio de Herodes, en pleno festín orgiástico de la corte, cuando Herodías “encandiló” al rey (cf *Mc* 6,22-23). Sin embargo, para ser antorcha, Juan tuvo que dar su vida, en gran parte, a oscuras.

También nosotros estamos llamados a ser testigos de algo mayor que nosotros mismos, y señalarlo desapareciendo. Cualquier cosa que hayamos emprendido en la vida, grande o pequeña, sólo llegará a ser plena si la dejamos ser sí misma, si vamos empequeñeciéndonos a su lado, sobre todo cuando vamos percibiendo que su misterio nos empieza a desbordar. Pensemos en una familia, en un emprendimiento pastoral, en una iniciativa de servicio social, o en alguna otra realidad que haya llegado a ser verdaderamente de Dios: si a medida que evoluciona no le vamos dando espacio y nos vamos haciendo progresivamente a un lado para que “otros crezcan”, nuestro comprensible afán de control y protagonismo impedirá que la planta dé sus frutos. Y entonces la obra de Dios, casi indefectiblemente, morirá con nosotros...

⁷ Por ejemplo, en torno al bautismo de Jesús, comparar: *Mc* 1,9-11; *Mt* 3,13-17 y *Lc* 3,21-22. En el mismo evangelio de Juan, sus apariciones en los cuatro sucesivos días inaugurales (cf *Jn* 1,6ss; 1,19ss; 1,29ss y 1.35ss) intentan mostrar esta realidad.

2. Los primeros discípulos: *el encuentro*

Una de las experiencias humano-espirituales más significativas que podemos hacer las personas es la del encuentro⁸. No toda vinculación supone un “encuentro”, sino aquellas que acaban comportando un altísimo nivel de significancia, posibilitando “experiencias cumbre”, y que por lo tanto, terminan cambiando nuestra vida. En la terminología de A. López Quintás, el verdadero encuentro conlleva una profunda experiencia de “éxtasis”, que eleva a sus protagonistas a lo mejor de sí mismos.

Por el contrario, podría decirse que la multiplicación de pseudo encuentros con carácter posesivo (por ejemplo, tener para dominar y gozar) tienden a inhibir nuestra capacidad humano-espiritual de encontrarnos verdaderamente y en profundidad, ya que provoca en quienes se involucran una suerte de “devastación espiritual”, conduciendo a sus incautos adeptos por la pendiente resbaladiza de lo que el citado filósofo español llama experiencias de “vértigo”. El fin de éstas es, inexorablemente, la tristeza, la angustia y la desesperación.

Pero además, mientras que el vértigo va siempre acompañado de actitudes más o menos calculadas en función del rédito personal inmediato, las experiencias de éxtasis, que se asocian al encuentro, tienen mucho más de gratuitas: entran en interacción lúdica con la realidad que fascina, y se inscriben, con distancia de perspectiva, en el orden de lo sacramental. De este modo, conllevan connotaciones simbólicas progresivas y remiten a experiencias de plenitud.

Por todos estos elementos humanos que entran en juego y que finalmente quedan redimensionados, es que las actitudes de éxtasis asociadas al encuentro no se improvisan, sino que se adquieren progresivamente. Así, por ejemplo, todo encuentro profundo supone, sin anular el don del hallazgo, una búsqueda sincera y una preparación previa. Para decirlo en el lenguaje de los clásicos tratados de Gracia, el verdadero encuentro supone una “materia dispuesta”. Y pienso que de eso se trata en el caso del encuentro de los primeros discípulos con el Señor...⁹

⁸ Ver, por ejemplo, LÓPEZ QUINTÁS, A., *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Claretianas, Madrid 1990; cuyas ideas más significativas sintetizo a continuación.

⁹ Para profundizar la exégesis, cf RIVAS, L., *o.c.*, 145-148; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 272-274; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 343-364.

“Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: ‘He ahí el Cordero de Dios’. Los dos discípulos lo oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dice: ‘¿Qué buscan?’ Ellos le respondieron: ‘Rabbi -que quiere decir ‘Maestro’- ¿dónde vives? Les respondió: ‘Vengan y lo verán’ Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

“Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Éste encuentra primeramente a su propio hermano, Simón, y le dice: ‘Hemos encontrado al Mesías’ -que quiere decir, Cristo. Y le llevó a Jesús. Fijando Jesús su mirada en él, le dijo: ‘Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas’ -que quiere decir ‘Piedra’.

“Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea y encuentra a Felipe. Y Jesús le dice: ‘Sígueme’. Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro.

“Felipe encuentra a Natanael y le dice: ‘Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret’. Le respondió Natanael: ‘¿De Nazaret puede haber cosa buena?’ Le dice Felipe: ‘Ven y lo verás’ Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: ‘Ahí tienen a un israelita de verdad, en quien no hay engaño’. Le dice Natanael: ‘¿De qué me conoces?’ Le respondió Jesús: ‘Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi’. Le respondió Natanael: ‘Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel’. Jesús le contestó: ‘¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores’. Y le añadió: ‘En verdad, en verdad les digo: verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre’ ” (1,35-51).

2.1. A la búsqueda del Mesías

Toda la tradición veterotestamentaria podría ser leída en clave de búsqueda y espera. Éxodo y adviento (B. Forte) son categorías muy significativas para comprender el dinamismo de la historia salvífica. En particular, la búsqueda y espera de ese Mesías escatológico (=último, pleno y definitivo), que tornaría a Israel nuevamente a su Edad de Oro, es decir, a los tiempos davídicos; que restauraría la gloria del antiguo Templo con su recordado culto magnífico; y que tendría la capacidad profética de interpretar sabiamente el mensaje de Yahveh para con su pueblo.

A este Mesías pacientemente buscado y esperado lo señalará el Bautista: “*He ahí el Cordero de Dios*” (1,36). Según el cuarto evangelio, es a partir del testimonio del Bautista que “*los dos discípulos siguieron a Jesús*” (1,37). Porque todos precisamos iniciarnos en el camino de la fe a partir del testimonio de los otros.

En cuanto a la imagen del cordero, ésta tiene muchas reminiscencias véterotestamentarias para un pueblo pastoril, que entiende mucho de pastores y rebaños. De un modo particular, el cordero tiene connotaciones específicamente religiosas: Yahveh es el pastor de Israel (cf *Sal* 80,2) que lo conduce por verdes praderas (cf *Sal* 23,1); el cordero pascual es el símbolo de la liberación y se come en familia (cf *Ex* 12,3-5); los animales se sacrifican en el templo, desangrándolos (cf *Ex* 29,38; *Ez* 46-13-15), etc. Pero también la reminiscencia más dramática de los Cánticos del Siervo de Yahveh: allí se dirá de ese misterioso personaje mesiánico que “*como un cordero llevado al degüello era conducido al matadero y no abría la boca*” (cf *Is* 53,7). Todas estas imágenes convergen en la expresión “Cordero de Dios”.

A continuación Jesús, dándose vuelta, preguntó a los discípulos que lo seguían: “*¿Qué buscan?*” (v.38). Una pregunta así no es casual, y menos en el evangelio de Juan. No es que Jesús pensara que los discípulos andaban detrás de una búsqueda anecdótica, como podía ser, por ejemplo, algo que se les hubiese perdido o alguna cuestión doméstica que pretendieran solucionar. Jesús “sabía” que ellos andaban en una búsqueda de fondo, sumamente importante (porque conocía el corazón de los hombres sin que le dijeran nada, cf *Jn* 2,25). Por eso Él mismo busca hacer consciente el anhelo de los discípulos, como para además concentrar sus intereses en una sola cosa, en lo único importante (cf *Mt* 19,17).

La respuesta de los discípulos es otra pregunta, impregnada de un profundo sentido teológico: “*Rabbi, ¿dónde vives [=poû menéis]?*” (*ib.*). Hablo de sentido teológico, porque no se trata tanto de responder a esta pregunta con la indicación de un lugar preciso (un “*ubi*” [=dónde] latino), dado que la cuestión tiene un sentido mucho más rico y amplio. La traducción exacta de la pregunta podría ser también: “*¿Dónde habitas, dónde moras, dónde permaneces?*”. El sentido de búsqueda queda además expresado en su fe incipiente, atestiguada por el vocativo: *Rabbi*, que en el cuarto evangelio utilizan para dirigirse a Jesús quienes todavía no lo conocen verdaderamente (cf *Jn* 3,2; 4,31; 6,25; 9,2; 11,8).

El evangelio irá respondiendo a esta pregunta en diferentes ocasiones: afirmará que Jesús permanece “*en el seno del Padre*” (1,18), así como también dirá que el discípulo amado

permanece reclinado en el seno de Jesús (13,25). Expresará también que los discípulos deben permanecer en Jesús, la vida verdadera, para poder dar fruto (cf 15,4). Por todas estas connotaciones profundas y difíciles de captar en modo inmediato, es que de momento Jesús solamente dirá: “*Vengan y lo verán*” (1,39). Jesús responde más bien con una invitación... En realidad se trata de la misma propuesta que le hará Felipe a Natanael, ante la duda de si “*de Nazaret puede haber cosa buena*” (v.46): “*Ven y lo verás*”. En este caso, a la vez que Felipe hace con el escéptico Natanael lo que el mismo Señor había hecho con él al llamarlo, el discípulo manifiesta haberse dado cuenta de que las respuestas de fondo en la vida no pueden darse “al toque”, de manera inmediata; sino que más bien cada persona debe encontrarlas, y que esto toma su tiempo. Porque de ellas hay que hacer experiencia...

2.2. *Quedarse con Él a lo largo de la jornada*

“*Vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día*” (1,39). Es decir, le dieron tiempo. Además, podemos tomar la referencia al día o a la jornada como una imagen de la vida: toda la vida del hombre en la tierra es como una jornada, como parece sugerirlo, por ejemplo, la parábola de los obreros de la viña llamados a diferentes horas del día (cf *Mt* 20,1-16). Se insinúa que descubrir dónde habita o permanece Jesús nos puede llevar toda la vida, y que por eso no puede descubrirse de la mañana a la noche. Por este motivo, tampoco aquí se trata de un tiempo cronológico (un “*quando*” [=cuando] en el sentido que se le daba en el latín), sino más bien, de una profunda experiencia de vida.

En efecto, las experiencias y encuentros significativos, por estar asociados a las actitudes de éxtasis, suponen una larga maduración, que en los evangelios se compara al ritmo paciente del crecimiento vegetal (cf *Mt* 13,30.32). Sólo el tiempo posibilita el espacio necesario para una mirada con hondura. Sólo con el tiempo ofrecido y compartido las experiencias se tornan irrepetibles y nos cambian la vida.

2.3. “*Lo hemos encontrado*”

Esta es la experiencia de los primeros discípulos. Así, Andrés le dirá a Simón (¡utilizando el conocidísimo verbo de Arquímedes!): “*Hemos encontrado [=eurákamen] al Mesías*”

(1,41). Es decir, aquél que tanto andábamos buscando, aquél que prácticamente nos dejaba en vela, aquél que sólo puede pacificar los anhelos más nuestros. Por eso, este “hallazgo” les acabará cambiando la vida a todos. Por ejemplo a Simón, cuya transformación quedará reflejada en la adquisición de un nuevo nombre: “*Tu eres Simón (...), tú te llamarás Cefas*” (v.42). El cambio de nombre expresa el cambio de vida (cf *Mc* 3,16; *Mt* 16,17; *Lc* 6,14). Esto es común en muchas religiones y tradiciones antiguas, sobre todo en cuanto se asocian a los rituales de iniciación. Se significa así que se comienza un nuevo modo de existencia.

Decía antes que la experiencia de hallazgo será, entre otros, también la de Felipe: “*Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado*” (v.45). El texto hace referencia a Jesús como “*el hijo de José*”, expresión que en los sinópticos es utilizada más bien en contexto de sospecha con respecto a la autoridad y procedencia de Jesús (cf *Mc* 6,3; *Mt* 13,55; *Lc* 4,22). También aquí la expresión fundamenta la inicial desconfianza de Natanael, que en realidad “no sabe” de dónde viene Jesús (cf *Jn* 7,40ss).

El escepticismo inicial de Natanael contrasta con el entusiasmo desbordante de Felipe, que percibe en su “hallazgo” algo más que una experiencia personal. De acuerdo a su testimonio, se trataría de aquel que fue prefigurado desde antiguo, y que estaría respondiendo a la búsqueda colectiva de todo el pueblo. Según él, su hallazgo pasaría a ser “de interés común”¹⁰.

Esto llevará a que el mismo Natanael vaya cambiando de actitud. Sobre todo cuando se sienta “conocido” por Jesús: “*Antes de que Felipe te llamara (...) te vi*” (v.48, cf v.47). Porque con mucha habilidad, el evangelista nos hace notar que Natanael, que tenía una preocupación muy humana por el lugar en donde Jesús lo habría conocido (el “*unde*” [=de donde] latino), pasa a ser visto [=eidón ze] por Él en un más profundo plano teologal. Esto lo sitúa en un nuevo orden de cosas; inédito para él hasta el momento.

De ahí su aparentemente sorprendente y desproporcionado acto de fe: “*Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel*” (v.49). Si bien la afirmación en boca de Natanael no podía contener todo el alcance que puede tener hoy para los cristianos, y fácilmente podríamos ver proyectada en ella la fe de la comunidad joánica, en la misma convergen significativas expectativas véterotestamentarias, como así también una experiencia personal de elocuente hallazgo, y un incipiente acceso al orden teologal de la fe. De hecho, en el relato de la

¹⁰ O al menos esta es la interpretación que del episodio procura hacer la comunidad joánica.

pasión, los dos motivos por los cuales Pilato va a volver a entrar al pretorio para interrogar a Jesús serán los de cerciorarse si verdaderamente Él era Rey de Israel (18,33) e Hijo de Dios (19,8-9). ¡Y en este segundo caso la pregunta explícita que le dirigirá el Procurador será: “¿De dónde eres tú?” (v.9)!

Con el trasfondo de lo dicho, podríamos preguntarnos: *¿Cuáles fueron los encuentros que verdaderamente me cambiaron la vida? ¿En qué sentido he descubierto que en ellos estaba el Señor presente? ¿Alimentaron en mí una mirada de fe más profunda y comprometida?*

3. Las bodas de Caná: la hora

En las diferentes culturas, la boda tiende a expresar y simbolizar una de las experiencias de encuentro y plenitud más significativas que pueden hacer las personas a lo largo de sus vidas. Y cuando se trata de la boda de un rey, ésta se convierte también en un evento de extraordinaria relevancia para el conjunto de la nación. Por esta misma conjunción de acontecimientos, es que la entronización de un monarca va normalmente acompañada por su propia boda¹¹.

Pero además, a causa de lo dicho y por sus ricas connotaciones, la boda se transforma también en un elocuente símbolo religioso, también presente en la Sagrada Escritura. Expresa la cercanía e intimidad de Dios con su pueblo, equiparado alegóricamente al Esposo (cf *Os* 2,21-22; 14,2 ss; *Is* 54,5ss; 62,4-5; *Ez* 16,8), y se convierte en una imagen anticipatoria de esa plenitud definitiva (cf *Ap* 19,7; 21,2) que sólo tendrá lugar -en concreto para el cuarto evangelio- cuando llegue “la hora”.

“Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y no tenían vino, porque se había acabado el vino de la boda. Le dice a Jesús su madre: ‘No tienen vino’. Jesús le responde: ‘¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora’. Dice su madre a los sirvientes: ‘Hagan lo que él les diga’.

“Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: ‘Llenen las tinajas de agua’. Y las llenaron hasta arriba. ‘Sáquenlo ahora, les dice, y llévenlo al maestresala’. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: ‘Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora’. Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días” (2,1-12).

3.1. Una boda

¹¹ Cf WIDENGREN, G., *Fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid 1976, 331-362.

El pasaje¹² comienza con una afirmación temporal: “tres días después” (v.1). Estamos en el marco de la semana inaugural propuesta por el evangelista para enmarcar el ministerio público de Jesús en el contexto de una nueva creación (cf *Jn* 1,29.35.43). Sin embargo, la referencia al tercer día tiene connotaciones pascales (cf *Ex* 19,11.15.16; 24,16), y en los evangelios tiende a unir los relatos de la muerte y resurrección de Jesús¹³.

Además, el relato transcurre en el contexto de una boda, en medio de la fiesta. Se dice que “estaba allí la madre de Jesús”, y casi de un modo secundario, que “fue invitado [=eclēze] también a la boda Jesús con sus discípulos” (2,1-2). Es decir, que en torno a la madre de Jesús, símbolo de la comunidad joánica y también de la Iglesia [=ekklesia], es convocado [=de kalēo] también Jesús y los demás. Jesús se hace presente en medio de la alegría de los esposos, como preludio de la alegría que coronará la historia humana. En cierto modo, y más allá de las vicisitudes por las que se atravesase, Jesús garantiza el “éxito” de la boda, que sólo llegará a plenitud cuando llegue la “hora” de su propia glorificación (cf *Jn* 13,1.31; 17,1).

3.2. “No tienen vino”

Pero en medio de la boda surge una dificultad. Por tres veces se constata de diferente manera que “no tenían vino”, que “se había acabado el vino de la boda”, o que “no tienen vino” (v.3). Es decir, que la boda amenaza con concluir, la fiesta con terminarse. Si Jesús no hace algo, la fragilidad de la alegría humana llegará a su fin: se quedarán sin vino. Todos los proyectos quedarán truncados, lo que se esperaba ansiosamente fracasará: todos se irán disconformes. Además, en la misma Sagrada Escritura la escasez de vino es evocada como signo de angustia y desolación (cf *Dt* 28,39; *Is* 16,10; *Mq* 6,15).

La falta de vino resulta así una clara imagen de lo que nos acontece también a nosotros cuando aquello en lo que habíamos depositado fundadas esperanzas parece desvanecerse. Lo curioso, es que en principio Jesús parece no tener ningún interés en evitar que esto acontezca (¡casi como cuando la barca se hundía [cf *Mc* 4,38]!). También a nosotros nos

¹² Cf RIVAS, L., *o.c.*, 149-152; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 274-275; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 365-393.

¹³ Cf RAMOS, G., *o.c.*, 103-124. En general, el tres es en las religiones símbolo de lo absoluto, y por lo tanto, del Misterio divino.

puede parecer que, por momentos, el Señor no se termina de hacer cargo de lo que nos angustia o agobia...

En efecto, Jesús parece dar a su madre una respuesta cortante: “¿*Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora*” (v.4). Parecería que Jesús estuviese “habilitado” para hacer “algo” sólo cuando llegase su hora. Pero por lo que Él afirma, ésta todavía parece no haber llegado (en efecto, llegará más tarde: 7,30; 8,20; 12,27.32.33; 13,1). Sin embargo, la petición de su madre parecía muy confiada: casi como si el destino de los acontecimientos pudiera ser modificado a causa de ella. Y por lo que acabó sucediendo, esta confianza tenía su fundamento: como si hubiera sido cuestión de insistir, nomás...

Esto muestra que la “hora” de Jesús se inscribe en lo que podríamos llamar el “tiempo de Dios”. Este no es el *cronos* que mide el antes y el después en unidades matemáticas, sino más bien el *kairós*, es decir, el tiempo salvífico como “calidad del tiempo”. Sólo irrumpe este tiempo nuevo cuando emerge (llegada la hora) el acto de fe en las personas, y el creyente accede a un modo de existencia absolutamente novedoso: entra en el tiempo definitivo y pleno, lleno de sentido; y así participa de la glorificación del Hijo de Dios.

3.3. La hora, el primer signo y la fe

La madre dice a los sirvientes: “*Hagan lo que él les diga*” (v.5). De este modo parece recordarles el compromiso asumido por Israel en el desierto, en torno a la Alianza: “*Haremos todo lo que Yahveh ha dicho*” (Ex 19,8).

A continuación, el evangelista hace notar que había allí seis tinajas, signo de la imperfección e insuficiencia humanas (ya que el siete expresa la plenitud propia de Dios), y en particular, de los rituales de purificación de los judíos (los del Bautista incluidos). Sin embargo, poniendo lo mejor de sí, y sin ahorrarse esfuerzos, los sirvientes “*las llenaron hasta arriba*” y las llevaron al maestresala.

Cuando éste se encontró con “*el agua convertida en vino*” (v.9), sin saber de lo ocurrido, fue a decir al novio: “*Tú has guardado el vino bueno hasta ahora*” (v.10). El texto parecería expresar un cierto asombro por parte del responsable del banquete. Sin embargo, no se trata evidentemente de una afirmación sólo de tipo enológica, sino más bien de una

apreciación de tipo implícitamente teológica. El vino del final mejor que el del principio expresa la inauguración de una nueva era, vinculada a la llegada de la hora de Jesús. En la Sagrada Escritura, la abundancia del buen vino indica el advenimiento de la era escatológica (cf *Is* 25,6-8; *Jl* 4,18; *Am* 9,13-14).

El contraste entre el agua insípida y el vino final mejor que el del principio, pone de manifiesto el modo paradójico con que Dios interviene en la vida de las personas y pueblos. Justamente cuando lo humano parece fracasar y tocar fondo, cuando el tiempo profano se ha desvirtuado y deteriorado, cuando la historia humana se ha llenado de iniquidad, sólo entonces puede irrumpir y manifestarse el Hijo de Dios, irrumpir el tiempo de Dios, y servirse el vino del final. Esta es una constatación que la misma fenomenología religiosa ha podido hacer en la vida de numerosos pueblos: una nueva cosmogonía sólo es posible a partir de un final absoluto¹⁴.

Bíblicamente hablando, el símbolo del vino remite, por un lado (y a causa de su color “sangre”), al día de Yavveh y a su dramatismo (“la copa que me ha dado mi Padre” [18,11]); y por otro, también al banquete escatológico (por ejemplo, el vino preparado por la Sabiduría para sus invitados [*Prov* 9,5]). Simultáneamente, expresa la plenitud de un camino mistagógico del creyente, que se inicia en el agua bautismal y deviene pleno en la pascua eucarística.

En efecto, ambos elementos (“agua y sangre”) convergen en la escena del costado traspasado del Señor (cf *Jn* 19,34). Curiosamente, también allí se hallaba “la madre de Jesús” y uno de sus discípulos (el “amado”) (cf 19,25-27). También allí había una aparente privación (=la muerte de Jesús), de la que sin embargo acabó brotando la vida (=es decir, los signos sacramentales por excelencia).

De aquí entendemos que la “hora” de Jesús exprese su propia glorificación, de la que surge el Espíritu que el Padre ha de dar para su comunidad (=la Iglesia), y el consiguiente ofrecimiento de vida para los que creen (cf 20,22-23). Por eso el relato de las bodas de Caná concluye diciendo que este fue el “comienzo de los signos de Jesús”, que así “manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (v.11). En Caná de Galilea dio comienzo la nueva creación...

¹⁴ ELIADE, M., *Mito y realidad*, Labor, Barcelona 1991, 61-60.

A veces también a nosotros nos comienza a escasear el vino del comienzo: las ilusiones, los proyectos, las expectativas demasiado humanas que habíamos venido forjando; y así todo parece amenazar ruinas. Se va acabando el vino de la alegría y la vida se puede ir tornando insípida como el agua. Sin embargo, si como los sirvientes hacemos de nuestra parte todo lo que podemos; es decir, llenamos las tinajas con agua “hasta el tope”, finalmente el Señor acabará transformando el agua sosa de la fidelidad, y tal vez (¿por qué no?) la rutina de lo cotidiano (=quot dies, ¡cuántos días!), en un vino y gozo mejor y más profundo que el del principio.

Y entonces la boda (=la vida festiva y esperanzada) continuará como una especie de anticipo del cielo. Porque, por totalizante del conjunto de nuestra vida, habremos hecho la mejor de las experiencias de éxtasis posibles: la que nos permite comenzar a captar el conjunto de nuestra vida como un don inédito e inaudito.

4. La purificación del santuario: *el nuevo templo*

Todo pueblo y persona tiene algo que considera como “lo más sagrado”. Es lo que normalmente tiende a expresar más acabadamente su identidad y razón de ser, el fundamento último de su existencia, y desde donde forja su propia cosmovisión del mundo, que a su vez tiene en eso su centro referencial y paradigmático.

Normalmente, este lugar sagrado se asocia con un ámbito cultural, y concretamente, un templo¹⁵. Para Israel era el Templo de Jerusalén. Mucho es el espacio dedicado en las páginas del Antiguo Testamento para describir su construcción y liturgia (por ejemplo, 1 Re 5,15-9,25); e incluso su impronta escatológica (cf Ez 40-48). La vida de Israel giraba en torno a sus fiestas. Era el paraíso de donde brotaba la vida; y la gloria de Yahveh habitaba en él (1 Re 8,10).

Es cierto que el segundo templo, el de la época de Jesús, ya no tenía la magnificencia del primero, destruido en vísperas del destierro. Sin embargo, junto con el culto sinagogal de los fariseos, seguía siendo el “centro” de la vida del antiguo pueblo de Dios (cf Jn 7,2.14; 10,22). Construido en la ciudad santa, era como el “ombligo del mundo” para los connacionales de Jesús. Sin embargo, ese Templo tan apreciado era el que Jesús relativizaba y decía, además, ser capaz de reconstruir...

“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: ‘Quiten esto de aquí. No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado’. Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu casa me devorará.

“Los judíos entonces replicaron diciéndole: ‘¿Qué signo nos muestras para obrar así?’ Jesús les respondió: ‘Destruyan este santuario y en tres días lo levantaré’. Los judíos le contestaron: ‘Cuarenta y seis años se ha tardado en construir este santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’ Pero él hablaba del santuario de su cuerpo. Cuando fue levantado,

¹⁵ Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 301-330; voz “Templo”, en: CHEVALLIER, J., *Diccionario de símbolos*, Herder, Barcelona 1995, 984-986.

pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús” (2,13-23).

4.1. Un signo profético en contexto pascual

Cuando en el evangelio se habla de novedad, inmediatamente hay que pensar en la “pascua”. Todo el cuarto evangelio tiene connotaciones litúrgico-pascuales, pero por momentos la densidad de esta característica se hace más evidente. Se afirma explícitamente que “*se acercaba la Pascua*” (2,13). También en 6,4; 11,55; 13,1 se hace referencia a esa misma fiesta. Dado que la Pascua era la fiesta más importante de los judíos¹⁶, “algo nuevo” debía ocurrir en esas circunstancias. En este caso, algo inédito y nunca visto, y que por este mismo motivo debía generar inevitables resistencias: como todo cambio...

En efecto, Jesús no la va con minucias. Cuando “*encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos*” (v.14), sin perder tiempo, “*echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes*” (v.16). El mensaje era muy claro: “*No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado*” (v.16)¹⁷.

Evidentemente, la mayoría de los presentes darían por descontado de que se trataba de un gesto profético, y no de un mero arrebato de violencia irracional. La pregunta era entonces la siguiente: ¿qué quería significar Jesús tirando por tierra e impidiendo que estuvieran allí presentes las cosas necesarias para cumplir con el importantísimo precepto religioso anual de todo un pueblo? Es la pregunta que también nosotros podríamos habernos hecho si se nos conmueve lo más sagrado y seguro que tenemos: ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué a mí? Pero además podríamos habernos preguntado: ¿por qué Jesús habla de la “casa de mi Padre”? Para muchos de los presentes, esto tendría sin duda características blasfemas...

4.2. El nuevo templo

Son justamente los judíos allí presentes quienes le piden explicaciones a Jesús: “*¿Qué signo nos muestras para obrar así?*” (v.19). Porque lo hecho merecía la peor de las

¹⁶ Junto con la de las Chozas, pero en este caso no era obligatoria la peregrinación anual a Jerusalén. También es cierto que para los judíos de la diáspora o para quienes eran muy pobres, se podía cumplir con el precepto de la peregrinación pascual a Jerusalén haciéndolo al menos una vez en la vida.

¹⁷ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 153-156; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 275-276; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 396-408.

descalificaciones. Los animales eran necesarios para los sacrificios, y los cambistas para comprar los animales con monedas que no tuvieran inscrita la efigie del César. Sin embargo también es cierto que en el Antiguo Testamento aparecen gestos realizados por los profetas que en primera instancia podían parecer también incomprensibles, y que sin embargo, acababan siendo sumamente elocuentes (cf *Ez* 12,1ss; *Jer* 27,1ss).

La verdad es que el evangelio juega además con una ironía, ya que habiendo sido escrito después de la destrucción de Jerusalén (y del mismo segundo templo), llevada a cabo por las legiones romanas a causa de la resistencia judía, Jesús propone “reconstruirlo” después que ellos “lo hubieren destruido”. Sin embargo, a partir de esta ironía, “*el hablaba del santuario de su cuerpo*” (v.21).

Se trata, en efecto, de una nueva pascua. La misma queda vinculada, como podía preverse, al número tres: “*En tres días*” (cf *Ex* 19,11; 24,16). En las religiones, este número tiende a expresar lo que es fundamental y absoluto, y por eso remite normalmente al misterio divino. En el evangelio de Juan se hace referencia a una triple negación de Pedro (cf 18,17.25.27) y a un triple resarcimiento posterior (cf 21,15.16.17); se consignan tres peticiones de crucifixión por parte de los Sumos Sacerdotes (cf 19,6.15-16); y tres apariciones del resucitado (a María Magdalena, a los discípulos sin Tomás, y a los discípulos con Tomás, cf 20,1-29). También existen tres referencias directas a la inminente celebración de la pascua: en 2,13 (en relación al Templo); 6,4 (en relación al Pan) y 12,1 (en relación a la Unción regia).

Sin embargo, el texto afirma que sólo cuando “*fue levantado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabra que había dicho Jesús*” (v.22). Como lo afirma insistentemente Lucas¹⁸, el evento pascual da pleno sentido e integración tanto a las Escrituras como a las palabras de Jesús.

4.3. Corolario pastoral

Como lo iré comprendiendo de a poco la Iglesia naciente, la nueva pascua ya no necesitaba de animales, porque el Sumo Sacerdote de la nueva y definitiva alianza se había convertido en víctima propiciatoria, reemplazando los antiguos sacrificios (absolutamente ineficaces

¹⁸ Cf RAMOS, G., *o.c.*, 113-124.

para remover la culpa), para ingresar y hacer ingresar al nuevo pueblo en un santuario no construido por manos humanas sino por Dios (cf *Heb* 5,1-10; 8,1-7). La nueva Jerusalén ya no necesitaba santuario “*porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario*” (*Ap* 21,23). En definitiva, esta nueva Jerusalén acabará manifestándose como “*la casa de mi Padre*”...

Me parece que también a lo largo de nuestra vida, hay acontecimientos que hacen temblar las convicciones y puntos de apoyo más sólidos que hasta entonces habíamos construido. Cimientos y pilares que hasta el momento nos parecían incommovibles, y que sin embargo acabaron temblando o, incluso, desmoronándose de un modo incomprensible. Lo cierto es que nada humano (ni lo más espiritual que “humanamente” a veces construimos) acaba siendo tan sólido como para no tener necesidad de volver a ser reconstruido “desde lo alto”. Y cuando es reconstruido desde lo alto, la construcción es definitivamente mucho más sólida y esplendorosa.

5. El llamado a nacer de lo alto: *el nuevo nacimiento*

A lo largo de la vida vamos forjando una cosmovisión y nos vamos haciendo un lugar en el mundo, con un cierto reconocimiento social. Generalmente, este espacio social fue conseguido con esfuerzo: para obtenerlo, tuvimos que rendir una gran cantidad y variedad de “exámenes”. Este era en las culturas antiguas, en el fondo, el sentido simbólico de los rituales de iniciación, que habilitaban al neófito para adquirir la plenitud de derechos, propia de los adultos, en la vida de un determinado pueblo¹⁹.

Pero como este espacio social es conquistado con sacrificio, y tiende a conferirnos una determinada imagen de nosotros mismos ante los demás, tendemos a mantenerlo y defenderlo “con uñas y dientes”. Esto puede llegar a esclavizarnos del propio rol socialmente adquirido y reconocido, y dificultar posteriores transformaciones personales. Nos costaría mucho cambiar esos parámetros básicos de vinculación y status social, y reestructurar nuestra vida desde una perspectiva diferente. Por eso es muy meritorio lo de Nicodemo, a quien también le costó abrirse al “nuevo nacimiento” que Jesús le proponía...²⁰

“Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste a Jesús de noche y le dijo: ‘Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él’. Jesús le respondió: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios’.

“Le dice Nicodemo: ‘¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?’ Respondió Jesús: ‘En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tienes que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu’.

“Respondió Nicodemo: ‘¿Cómo puede ser eso?’ Jesús le respondió: ‘Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que

¹⁹ Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 195-220.

²⁰ Retomo aquí lo que expusimos en RAMOS, G. – BILÓ, D., *Claves para iluminar la noche de nuestro tiempo*, Guadalupe, Buenos Aires 2005, 25-37. Para profundizar el comentario exegético, cf RIVAS, L., *o.c.*, 157-160; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 276-278; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 415-429.

sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. Si al decirles cosas de la tierra, no creen, ¿cómo van a creer si les digo cosas del cielo?” (3,1-12).

5.1. “Tienes que nacer de nuevo”

Dice el texto que Nicodemo era un “*magistrado judío*” (v.1), y por lo que más adelante conocemos de él, miembro del Sanedrín, es decir, el cuerpo legislativo y de referencia nacional más importante de Israel. Dice el evangelio que “*fue de noche*” a ver a Jesús: tal vez, justamente, por no arriesgar su imagen social. Sin embargo, si “*fue*”, es porque algo le inquietaba. Es lo que deja traslucir cuando dirigiéndose a Jesús le dice: “*Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él*” (v.2).

Se trata, pues, de un hombre honesto y bien dispuesto; que reconoce en Jesús a un Maestro, es decir, a un colega. Que además, expresa tener (en la “*jerga*” joánica) una fe incipiente (cf 4,31; 6,25; 9,2), y que busca abrirse desde su propia formación y lugar social a los signos que percibe de Jesús.

Comprendiendo esta disposición inicial, Jesús le dice de entrada: “*el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios*” (v.3); afirmación que volverá a ser subrayada cuando el Señor le vuelva a decir: “*El que no nazca [=gennézē] de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*” (v.5). Nicodemo, con una vida ya planteada, un reconocimiento social y prestigio notorios, ya anciano, “*tiene que nacer de nuevo*”. O mejor dicho, “*de lo alto*” [=ánozēn].

5.2 “¿Cómo puede ser esto?”

Volvamos sobre la objeción de Nicodemo. No resulta nada fácil volver a nacer “*siendo ya viejo*” (v.4). La dificultad se entabla porque el anciano fariseo pensaba que tenía que volver al seno de su madre. Por eso insiste: “*¿Cómo puede ser esto?*” (v.9). Pero el malentendido, provocado adrede por Jesús, dará pie para que le explique de qué se trata esto de “*nacer de lo alto*”. Su incapacidad para entender muestra a las claras de que en realidad se está tratando de un nuevo orden de cosas, inédito en la vida de Nicodemo. De que tendrá que

comenzar un nuevo aprendizaje, diferente del que lo condujo a ser un respetable miembro del Sanedrín.

5.3. “Hablamos de lo que sabemos”

Por eso, ahora el plural mayestático pasa para el lado de Jesús, mientras que Nicodemo es nombrado en singular, como acontecía con los discípulos. Tendrá que volver a aprender, y dejar de lado sus aires de maestro. No deja de ser interesante la ironía de Jesús con respecto al “no entender” de Nicodemo: “*Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas?*” (v.10); como así también con respecto a los conocimientos limitados de los “maestros de Israel”: “*En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio*” (v.11).

En efecto, la doble afirmación “*en verdad*”, pone de relieve que se trata de una sentencia importante de Jesús, y que por algún motivo Él quiere subrayar de un modo particular. Y el motivo de esta notable aseveración se puede comprender a continuación: lo que los fariseos y el Sanedrín conocen, en realidad no es más que carne, es decir, experiencia realizada desde los limitados horizontes de lo humano. Y “*lo nacido [=gegenneménon] de la carne, es carne*”, mientras que “*lo nacido del Espíritu, es espíritu*” (v.6). Como el tiempo verbal utilizado es el perfecto, lo que se quiere indicar es que lo que ha nacido carne seguirá siendo carne, y lo que ha nacido del Espíritu seguirá siendo espíritu.

El Prólogo del evangelio, que el lector ya conoce, viene a explicitar esta solemne afirmación. Sólo puede participarse de lo nacido en el Espíritu si Jesús, que es la Palabra que estaba junto a Dios y era Dios (cf *Jn* 1,1), confiere la capacidad de hacerse hijos de Dios a los que creen. Para eso es que Ella “*puso su Morada entre nosotros*” (1,14): para que los que crean en el Hijo tengan “*vida eterna*” (cf 3,15.16.36; 5,24; 6,47.54; 1 *Jn* 5,13). Por este mismo motivo, los creyentes “*no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre sino que nacieron de Dios*” (1,13).

Volviendo al pasaje de Nicodemo, constatamos que la situación es mucho más delicada si advertimos, además, que siendo estudiosos de la ley, los fariseos no habían sabido reconocer lo que en realidad ya estaba presente en el mundo porque había sido revelado en el Antiguo Testamento: “*Si al decirles cosas de la tierra, no creen, ¿cómo van a creer si*

les digo cosas del cielo?” (v.12). Porque, en efecto, numerosos pasajes habían hablado de la efusión del Espíritu en los tiempos finales (cf *Is* 32,15; 44,3; *Ez* 36,26-27; *Jl* 3,1).

No podemos dejar de advertir que, en realidad, Nicodemo parece aceptar la propuesta de nacer de lo alto que le hace Jesús. De hecho aparecerá más tarde “dando la cara” por su Maestro ante el Sanedrín (7,50-52), y también haciéndose cargo del cuerpo en el huerto donde está el sepulcro nuevo (19,39-42): es decir, queda en la antesala de la fe. Podríamos preguntarnos si también nosotros, cuando hemos tenido intuiciones importantes en la vida, o si cuando hemos sentido llamados ulteriores a una más plena conversión a los criterios del Reino de Dios, hemos estado abiertos como Nicodemo para secundarlos. Porque constatamos que a veces puede con nosotros más la inercia de la carne que la novedad del Espíritu...

6. La fuente de agua viva: *el agua*

Seguramente nada más cotizado en zonas desérticas que el agua. Y por eso mismo un pozo, a la par que puede convertirse en ámbito de encuentro, constituye un tesoro de incalculable valor. Ni qué decir lo que podría llegar a ser una fuente de agua viva, es decir, un manantial: en ámbitos inhóspitos, posiblemente pudiera llegar a parecer más un espejismo que una realidad. Por otra parte, si no existe nada más vinculado a la vida que el agua, nada la amenaza tanto como su ausencia. Tener sed y no poder saciarla puede llegar a convertirse en uno de los peores tormentos.

En torno al pozo, imagen universal de las cosas más esenciales y necesarias, Jesús enhebrará una de las más hermosas catequesis del Nuevo Testamento²¹.

“[Jesús] llega a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: ‘Dame de beber’. Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: ‘¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?’ (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le respondió: ‘Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva’.

“Le dice la mujer: ‘Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?’ Jesús le respondió: ‘Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna’.

“Le dice la mujer: ‘Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla’. Él le dice: ‘Vete, llama a tu marido y vuelve acá’. Respondió la mujer: ‘No tengo marido’. Jesús le dice: ‘Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad’. Le dice la mujer: ‘Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y ustedes

²¹ Para el símbolo del “agua”, ver la voz correspondiente en: CHEVALLIER, J., *o.c.*, 52-60. Para ampliar el comentario exegético, cf RIVAS, L., *o.c.*, 173-186; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 279-282; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 496-527.

dicen que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar'. Jesús le dice: 'Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es Espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad'.

"Le dice la mujer: 'Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo'. Jesús le dice: 'Yo soy, el que está hablando contigo' (...). La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: 'Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?' Salieron de la ciudad e iban hacia Él (...). Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por las palabras de la mujer que atestiguaba: 'Me ha dicho todo lo que he hecho' " (4,5-26.28-30.39).

6.1. En torno al pozo

Nada más reconfortante en un lugar (semi)desértico, después de haber andado bastante, que sentarse tranquilo a descansar: sobre todo si se había estado a pleno sol. Dice el texto que *"Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo"*, y que *"era alrededor de la hora sexta"* (4,6). Es decir, que a pleno mediodía, Jesús toma una actitud análoga a la que en otro tiempo adoptó Moisés cuando, huyendo de Egipto, se sentó al lado de un pozo en Madián (cf *Ex 2,15*): podríamos aventurar que estamos ahora en presencia de un nuevo Moisés, también Él en territorio extranjero.

En cuanto al uso que el evangelista hace de las imágenes, éstas parecerían generarnos sed y agobio incluso a los que leemos el relato: cansancio, camino, mediodía, pozo de agua. Pero aquí se añade un nuevo ingrediente: por lo que sabemos del modo en que el pasaje continúa, Jesús parecía no tener con qué sacar el agua... Esta será una buena excusa para entrar en un fecundo diálogo evangelizador.

6.2. "Dame de beber"

"Llegó una mujer de Samaría". Jesús le dice: "Dame de beber" (v.7). La mujer queda asombrada: "¿Cómo?" (v.9). La sorpresa se comprende mejor si entendemos que los

samaritanos no se hablaban con los judíos, por considerarse recíprocamente enemigos entre sí (cf *Lc* 9,51-53). Históricamente, el conflicto se había generado a la vuelta del destierro (cf *Esd* 4,6ss), cuando los judíos comenzaron a considerar impuros a los samaritanos que habían permanecido en Palestina, por haberse mezclado con otros pueblos paganos de la región (cf *2 Re* 17,24-41). Y viceversa, los samaritanos veían con malos ojos que los desterrados volvieran ahora nuevamente con pretensiones sobre el territorio que habían abandonado (aunque esto último hubiese sido forzosamente), y por eso los despreciaban.

Pero además, la sorpresa de la mujer es aún mayor por ser ella justamente eso: una mujer. Era costumbre de la época evitar la conversación con una mujer en los espacios públicos. Sobre todo tratándose de un rabí o maestro. A esto habría que añadir que el riesgo de impureza estaba en los mismos objetos que pertenecían a los extranjeros. En la presente situación convergen, por tanto, tres motivos para que Jesús se torne legalmente “impuro” de acuerdo a las tradiciones farisaicas: dialogar con un extranjero, que además era mujer, y pedirle de beber de su cántaro. Esta mujer, además, por algún motivo no había venido con las demás mujeres a buscar el agua en un horario más conveniente y de menos bochorno; con lo que podemos deducir que tal vez hasta entre ellas, por alguna razón, fuese mal vista o segregada.

Sin embargo, o precisamente gracias a todo esto, Jesús “debía” pasar por Samaría y entrar en diálogo con esta mujer extranjera en particular: “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva [=ydor zōn]*” (v.10). Aquí la sorpresa de la mujer es aún mayor: “*¿De dónde tienes esa agua viva?*” (v.11). Ella no ve por ningún lado un manantial, y eso que conoce bien el lugar. Por eso añade inmediatamente: “*¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob?*” (v.12). Con una pizca de ironía, expresión incluso de algún arraigado malestar o insatisfacción interior, se daba cuenta que solo alguien mayor que los patriarcas podía realizar un signo así.

Jesús, profundizando el talante de la conversación, le respondió: “*Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna*” (v.15). Al establecer un paralelismo entre el agua y la vida eterna, Jesús supera la

referencia material al agua y entra en la semántica del símbolo. El agua viva hace referencia al Espíritu (cf *Jn* 7,38-39).

De este modo, la cuestión queda planteada: la mujer hablaba del agua natural, y Jesús arremete con una expresión religiosa que remite al don escatológico de Dios. Posiblemente, a este punto de la conversación, la mujer todavía no entendiese plenamente de qué estaba hablando Jesús, aunque sí podría hacerlo el lector del evangelio. No obstante, el agua en el desierto tenía muchas reminiscencias véterotestamentarias que ella sí podía ahora captar, ya que claramente remitía a los signos y prodigios realizados por Yahveh, durante la marcha de su pueblo por el desierto, hacia la tierra de promisión (sobretudo, Ex 17,1-7), en donde junto con el “pan”, les había dado de beber de la “roca” agua viva (cf 1 *Cor* 10,4).

Con estas apreciaciones de fondo, podríamos preguntarnos también nosotros: *¿de qué cosas tenemos sed profunda? ¿Qué es lo que verdaderamente anhelamos?* Podríamos recordar el versículo del salmo que dice: *“Como la cierva sedienta busca corrientes de agua, así mi alma tiene sed de ti Dios mío”* (41,2).

6.3. Los verdaderos adoradores

La mujer no parecía estar de momento del todo convencida. Por el contrario, permanece todavía un poco escéptica. Sin embargo continúa con la conversación. Se diría a sí misma: en el supuesto caso de que este judío fuera un profeta podría contestarme cuál es el lugar correcto para adorar a Dios (ya que para los samaritanos era Garizim [cf *Dt* 27,4-8] y para los judíos Jerusalén).

En su respuesta, Jesús va más allá de los lugares físicos, y se detiene más bien en las actitudes que deben cultivar los verdaderos adoradores: *“Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre (...). Llega la hora (...) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad”* (vv.22-23).

Se trata de un modo más profundo de adoración, que trasciende lo ritual y lo geográfico. Se trata de vivir en Espíritu y Verdad, que son expresiones que en el evangelio se conectan íntimamente con lo que es propio del Hijo de Dios (por ejemplo, 16,12-14). Posiblemente

también a nosotros nos suceda a veces que estemos preocupados por los lugares y modos de oración, más que por las actitudes de fondo que deberíamos cultivar...

5.4. Tal vez sea el Mesías...

Sin embargo, cuando Jesús le hizo ver a la mujer que de los cinco maridos que había tenido, ninguno era realmente el suyo, ella se sintió comprendida: notemos que por tres veces subraya el relato que no tenía marido (vv.16.17.18).

Además de la interpretación literal de la situación, podríamos aventurar otras dos interpretaciones. Por una parte, el número cinco hace referencia al Pentateuco, que eran las únicas Escrituras que los samaritanos reconocían como tales: escindidos de los judíos, ahora ya no tenían otras Escrituras (es decir, no tenían marido, era un pueblo sin “esposo”). Por otro lado, la referencia a los cinco maridos podría tomarse como una sutil alusión a los dioses de los cinco pueblos establecidos en Samaría por el rey asirio Salmanasar (cf 2 *Re* 17,24ss), durante la ocupación en 721 a.C.

Sea como fuere, a partir de esta nueva intervención de Jesús, la conversación entra en un nuevo nivel de profundidad, y supera decididamente lo simplemente anecdótico: hace un viraje hacia las cuestiones esenciales. La mujer le dice: “*Sé que va a venir el Mesías*”, y Jesús le responderá: “*Yo soy, el que está hablando contigo*” (v.26). El “Yo soy” tiene connotaciones divinas que le eran propias a Yahveh (cf 8,24.28; 13,19; *Ex* 3,14; *Is* 43,25; 52,6). Por eso, la mujer “*dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: ‘Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?’*” (vv.28-29). Es decir, que con el cántaro dejó todas sus preocupaciones (importantes por cierto, pero ahora secundarias), para consagrarse a una búsqueda tal vez mucho más importante, incluso, que la de la misma agua: porque si en verdad se tratase del Mesías esto sería con creces un hallazgo absolutamente inédito y superior. De hecho, mirando retrospectivamente, la mujer fue evolucionando y cambiando notoriamente, a lo largo de la conversación, el modo de dirigirse a Jesús: judío (como expresión despectiva, v.9), señor (como sinónimo de persona, v.15), profeta (sintiéndose interpelada, v.19), Mesías / Cristo (con actitud expectante, vv.25.29), Salvador del Mundo (de acuerdo a los mismos samaritanos, en tono creyente, v.42).

Percibimos que, como elocuente representante de los pueblos paganos, esta mujer pareció - al menos incipientemente- “ver y creer”, y convertirse a su vez en motivo de credibilidad para los de su pueblo. En efecto, el texto continúa diciendo que “*muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer*” (v.39).

De este modo, así como Nicodemo era un signo para los judíos que se abrían al evangelio (aunque más no sea, yendo de noche), la samaritana se convierte en referente emblemático de los pueblos paganos que se abren a la fe (y lo hacen a pleno día). En ambos casos había exigencias: para convertirse en verdadero discípulo, Nicodemo tenía que nacer de lo alto; mientras que la mujer samaritana, para convertirse en verdadera adoradora, debía quedarse por fin con el marido verdadero. Es decir, con la fe auténtica, que viene de los judíos y llega a su plenitud en Cristo, y no con sustitutos idolátricos.

También nosotros podríamos preguntarnos: *¿Qué paso tengo que dar para convertirme en un/a adorador/a en Espíritu y Verdad?*

7. El hijo del funcionario real: la fe

A lo largo de la vida, casi inevitablemente, nos vamos encontrando con experiencias límite. Estas advienen cuando todo nuestro empeño humano parece resultar insuficiente para resolver algo que nos tiene preocupados o nos hace tocar fondo, sin que a fin de cuentas podamos superarlo o resolverlo por cuenta propia.

Los evangelios nos presentan a menudo algunas de estas situaciones límite que dan lugar a escenas dramáticas: la mujer que padecía hemorragias de sangre y lo había gastado todo en médicos sin haber obtenido ningún resultado (cf *Lc* 8,43-48), la hija única de Jairo que irremediabilmente se moría (cf *Lc* 8,40-42.49-56) o la de la mujer cananea que insistía con una fe asombrosa (cf *Mt* 15,21-28), etc.

Parecería que justamente fueran esas circunstancias límite las más propicias para que pueda revelarse la acción de Dios. Pero para eso, como permanentemente lo reclama el mismo Jesús, hace falta que sus interlocutores tengan fe...

“Jesús volvió a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. Cuando se enteró de que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue a él y le rogaba que bajase a curar a su hijo, porque estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo: ‘Si no ven signos y prodigios, no creen’. Le dice el funcionario: ‘Señor, baja antes de que se muera mi hijo’. Jesús le dice: ‘Vete, que tu hijo vive’. Creyó el hombre en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino. Cuando bajaba, le salieron al encuentro sus siervos, y le dijeron que su hijo vivía. Él les preguntó entonces la hora en que se había sentido mejor. Ellos le dijeron: ‘Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre’. El padre comprobó que era la misma hora en que le había dicho Jesús: ‘Tu hijo vive’, y creyó él y toda su familia. Tal fue, de nuevo, el segundo signo que hizo Jesús cuando volvió de Judea a Galilea” (4,46-54).

7.1. “Fue a Él y le rogaba que bajase a curar a su hijo”

El presente cuadro nos presenta a “*un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaín*” (v.46)²². El relato tiene significativas similitudes y paralelismos con las narraciones de *Mt* 8,5-13 y *Lc* 7,1-10, si bien en estos casos se trata de un siervo del centurión. Podemos suponer que, gracias a su cargo en la administración romana, a este funcionario no le faltaba dinero ni poder; si bien constatamos que ante la enfermedad de su hijo todo esto parecía no servirle de mucho. Es más, si se dice “*cuyo hijo*” es porque posiblemente fuese el único (¿cómo la hija de Jairo [cf *Lc* 8,42]?). Esto le confería a la escena un mayor dramatismo.

En esas circunstancias, ante la proximidad de lo humanamente inevitable, el funcionario fue a ver a Jesús “*y le rogaba que bajase [=katabē] a curar a su hijo, porque estaba a punto de morir*” (v.47). El texto muestra la insistencia del padre: “*Baja antes que se muera mi hijo*” (v.49). Pero además pone de relieve la humildad de este hombre, que pese a poder intentar imponerse con mayor petulancia a causa de su rango, no obstante “*rogaba*”.

Probablemente este funcionario no supiese de Jesús mucho más de lo que probablemente puedan conocer tantas personas cuando, en su desesperación, buscan al gurú de moda, al que le atribuyen poderes terapéuticos extraordinarios, para que, en una de esas, le solucione el problema de alguna situación aparentemente irremediable. Quién sabe si también nuestro modo de recurrir a Jesús, en ocasiones, no tenga estas mismas características: deberíamos revisar si en realidad, como decimos “en criollo”, no nos acerquemos a Él “cuando las papas queman”...

7.2. “Vete, que tu hijo vive”

Jesús le dijo: “*Vete, que tu hijo vive*”. Es interesante hacer notar dos cosas: que, por un lado, se utiliza la palabra *zōē*, que hace referencia a la vida propia de Dios (cf *Jn* 1,3), y no a la mera vida humana [=psijé]; y, por otro lado, el hecho de que Jesús aparentemente no haya realizado ningún gesto. En efecto, todo curandero normalmente “hace algo”, pero en este caso “reenvió” al padre sin otra certeza que la de su palabra. Y si bien el hombre podría haberse sentido defraudado ante esta respuesta, por parecerle mucho más evasiva que resolutiva, hizo sin embargo lo que Jesús le dijo (cf *Jn* 2,5).

²² Cf RIVAS, L., *o.c.*, 186-190; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 282-283; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (I) 528-563.

Debemos hacer notar que, a causa de la fuerza de convencimiento que visiblemente en este caso tiene la palabra de Jesús, posiblemente el evangelista quiera parangonar su autoridad, en la presente escena, con la fuerza creadora de la misma palabra de Dios en *Gen 1*, donde también Yahveh “dice” y se “hace”, sin que intervenga directamente con sus manos.

De este modo, las palabras de Jesús nos remiten al sentido más profundo del acto de fe, que es siempre (según san Agustín) un *cum assensu cogitare* (=un asentimiento meditativo) a la palabra que Dios nos dirige; o más claramente, una “certeza oscura” (según Juan de la Cruz) que emerge en nosotros de su “decir” autoritativo. Apoyados en esta observación, podemos contemplar imaginativamente la actitud interior del funcionario: posiblemente su primera impresión haya sido la de una cierta confusión y duda interior; pero tal vez con posterioridad haya pensado que podía ser cierto lo que el Señor le estaba diciendo; para finalmente “creer”...

7.3. “Creyó el hombre en la palabra de Jesús”

En efecto, el relato dice que el hombre “*creyó [=epístēusen] en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino*” (v.50). Es decir, que ese día de viaje que separaba aquel lugar (en Caná) del de su casa (en Cafarnaún), estuvieron seguramente animados por la esperanza de ver curado a su hijo. Recordemos que también en *Jn 1,39* transcurre una jornada entre el “*vengan y vean*” y el acto de fe; y que allí decíamos que aquella era una elocuente imagen del conjunto de la vida. Por eso, concluida la jornada, la profunda esperanza acrisolada por el funcionario a lo largo de su viaje, se verá colmada de gozo; cuando al llegar, “*le [salgan] a su encuentro sus siervos, y le [digan] que su hijo vivía*” (v.51). De este modo, la elocuencia del signo lo conducirá a creer, ahora mucho más en serio, y también a “*toda su familia*” (v.53).

No deja de ser interesante hacer notar la triple referencia a la “hora”: “*Preguntó la hora (...). Ayer a la hora séptima (...). Era la misma hora en que le había dicho Jesús: ‘Tu hijo vive’*” (vv.52-53). Como en el primer signo realizado en Caná, también en este otro, que además es el segundo en el libro de los signos, parece ir irrumpiendo la “hora”. Y esto gracias a la fe insistente de los correspondientes interlocutores de Jesús: la madre (2,5) y el funcionario real (4,49). Percibimos de este modo que, la hora de la glorificación (cf 17,1),

que todavía en realidad “no había llegado” (cf 2,4), en cierto modo “ya” se va haciendo presente en el momento en que Jesús encuentra confianza en quienes a Él se acercan con actitud creyente.

Como al funcionario real, posiblemente también a nosotros nos haya ocurrido alguna vez haber preferido tener un mayor número de certezas en nuestras manos. O incluso, a diferencia de él, que no nos haya bastado simplemente con las promesas evangélicas, que piden “buscar el Reino y su justicia” sabiendo que lo demás vendrá “por añadidura” (cf *Mt* 6,33).

Para el cuarto evangelio, en cambio, el que cree ya “tiene vida eterna” (cf 3,15.16.36; 5,24; 6,47.54), mientras que el que “resiste al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él” (3,36). La apertura sincera por la fe a los signos que Jesús realiza, generan vida y anticipan la “hora”; mientras que la actitud escéptica deja a las personas más bien sumidas en el desamparo y las tinieblas (cf 9,39-40). Por eso, para Juan, la fe es sobre todo adhesión al Hijo de Dios, que es la Palabra del Padre, en quien estaba la Vida, ya que ella misma es Dios (cf 1,1).

8. En torno a la piscina de Betesda: *el sábado*

A lo largo del ministerio público de Jesús, un hueso duro de roer lo constituyeron los escribas y fariseos (por ejemplo, 7,40ss; 8,13ss). Sobre todo estos últimos, que demasiado atados a la interpretación legalista de la Torah, se quedaban muchas veces en la “letra” más que en el “espíritu” de la Ley.

Un tema concreto en el que estos judíos entraron en conflicto con Jesús fue, sin lugar a duda, el del sábado. El legalismo farisaico había conducido a una interpretación casi mágica del descanso sabático: cualquier cosa que se realizara en ese día podía caer bajo la ley de lo que la fenomenología religiosa denomina tabú y anatema. Porque en realidad todos los pueblos antiguos manifiestan haber tenido prescripciones de carácter religioso que debían ser observadas a rajatabla, y que de no hacerse, podían llegar a generar una especie de “nuevo caos primordial”²³.

En el caso de Israel, el sábado había sido prescrito para que toda la creación, comenzando por el mismo hombre, imitara al Creador que, después de ordenar el mundo a partir de ese caos primordial, al séptimo día descansó. De esta manera, se pretendía que las personas valoraran su dignidad creatural, a imagen y semejanza de Dios (cf *Ex* 20,8-11).

Pero una observancia demasiado estricta y legalista del descanso sabático podía llevar justamente a resultados contrarios: más que fomentar el bien y dignidad de la persona, podían conducirla a una indefinida postración con características “caóticas”. Es decir, más que jugar a favor del hombre, terminaría obrando en su contra. Si Jesús realiza signos en sábado es para mostrar, justamente, que anhela la plenitud de la creación para el hombre. Es decir, que ésta y éste entren en el “descanso de Dios” (*Hb* 4,3).

“Después de esto, hubo una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén una piscina Probática que se llama en hebreo Betzatá, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua. Porque el ángel del señor se lavaba de tiempo en tiempo en la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, recobraba la salud de cualquier mal que tuviera. Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole

²³ Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 17-40.

tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ‘¿Quieres recobrar la salud?’ Le respondió el enfermo: ‘Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo’. Jesús le dice: ‘Levántate, toma tu camilla y anda’. Y al instante el hombre recobró la salud, tomó su camilla y se puso a andar.

“Pero era sábado aquel día. Por eso los judíos decían al que había sido curado. ‘Es sábado y no te está permitido llevar la camilla’. El les respondió: ‘El que me ha devuelto la salud me ha dicho: Toma tu camilla y anda’. Ellos le preguntaron: ‘¿Quién es el hombre que te ha dicho: Tómalala y anda?’ Pero el curado no sabía quién era, pues Jesús había desaparecido porque había mucha gente en aquel lugar. Más tarde Jesús lo encuentra en el Templo, y le dice: ‘Mira, has recobrado la salud; no peques más, para que no te suceda algo peor’. El hombre se fue a decir a los judíos que era Jesús el que le había devuelto la salud. Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Pero Jesús les replicó: ‘Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo’. Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios” (5,1-18).

8.1. Una espera que se hacía interminable

El pasaje²⁴ comienza diciendo que hubo en Jerusalén “una fiesta de los judíos” (v.1), que bien podría ser la de las Tiendas. La misma recordaba el tiempo de peregrinación del pueblo hebreo por el desierto (1 Re 8,2; 2 Cr 7,8; Ne 8,14; Ez 45,25); es decir, un tiempo de transición y promesas. En este contexto, se hace referencia a una piscina (v.2), y a que “había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo” (v.5) esperando que el agua se agitara y él pudiera entrar primero para -según la creencia- sanarse.

Todo esto podría traernos reminiscencias pascales; ya sea en referencia a las aguas turbulentas del mar Rojo durante la expulsión / huida del pueblo hebreo de Egipto, o también a los cuarenta años transcurridos en el desierto con el deseo vehemente de entrar en la tierra prometida atravesando las aguas del Jordán. Los treinta y ocho años de espera ponen también de manifiesto la incapacidad que tenían los rituales de purificación judíos para sanar verdaderamente al hombre.

²⁴ Cf RIVAS, L., o.c., 191-196; FERNÁNDEZ RAMOS, F., o.c., 283; SCHNACKENBURG, R., o.c., (II) 128-134.

En contrapartida, la tradición de que un ángel entrara a bañarse parecía un poco extraña e improbable, y el mismo Jesús (y con él el evangelista) parecerá no darle demasiada importancia, ni hacerse eco de la misma. Por el contrario, el Señor se acercará al enfermo y le dirá: “¿Quieres recobrar la salud?” (v.6).

La pregunta parece obvia, pero apunta a suscitar una actitud protagónica, y no meramente pasiva, por parte del interesado. Además, no es de despreciar la conexión etimológica que en muchas lenguas se establece entre “salud” y “salvación” (por ejemplo, *salus* en latín). Con lo que la pregunta hasta podría formularse del siguiente modo: “¿Quieres obtener la salvación?”. O también, recuperando el pasaje de Nicodemo: “¿Quieres nacer de lo alto?”.

La respuesta del enfermo daba por sentado una única manera de verse curado: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy otro baja antes que yo” (v.7). Se produce así el clásico equívoco joánico. Jesús está hablando en un nivel superior al del enfermo. Sin embargo, tampoco queda excluida la interpretación natural y estricta de la propuesta de Jesús. Por el contrario, la salud corporal se convertirá en expresión simbólica de una salvación y vida más profundas.

8.2. El signo de la liberación

En efecto, Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y anda” (v.8). Se utiliza la palabra *egēire*, que también significa: “surge, resucita”. La expresión nos remite a lo que acontecerá con Lázaro, cuando también Jesús lo llame y lo haga salir del sepulcro (cf 11,43).

Procurando una interpretación del simbolismo de esa afirmación, podríamos decir que lo que Jesús le pide al enfermo, en el hoy de su vida (=presente), es que tome la camilla para hacerse cargo de su historia (=pasado), y que, una vez sanado, reemprenda el camino de la vida con sentido de gratitud y esperanza (=futuro). El enfermo se convertiría entonces en todo un símbolo del antiguo Israel, que también yacía postrado, incapaz de resurgir por sí mismo y a la espera de la vida verdadera: sólo un verdadero encuentro con Jesús (=presente) podría hacerle reemprender el camino de la vida con esperanza (=futuro), haciéndose cargo de su propia historia (=pasado).

Lo cierto es que, más allá de esta última interpretación, para el que estaba enfermo, comienza a partir de su encuentro con Jesús una vida nueva, libre de las ataduras y limitaciones del pasado, y llena de ilusiones para su porvenir.

8.3. Reacciones encontradas

Sin embargo, como acontece ante todos los signos que realiza Jesús en el cuarto evangelio, se termina generando una discusión. La principal objeción de los judíos hacia el paralítico curado era que *“es sábado y no te está permitido llevar la camilla”* (v.10). Hay que advertir que en realidad, para el hombre que había estado postrado, *“llevar la camilla”* era signo de liberación y no de esclavitud: era más un signo de alabanza y gratitud que de opresión. Pero los judíos, atados a una interpretación legalista de la ley, estaban más preocupados por saber quién le había dicho de llevar la camilla en día sábado que por constatar la acción inocultable de Dios: *“¿Quién es el hombre que te ha dicho: Tómala y anda?”*.

El evangelista hace notar con insistencia la dureza de corazón de muchos de los presentes, cuando afirma que *“los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado”* (v.16). Cuando Él se excusa diciendo que su Padre trabaja en sábado (es decir, da plenitud y paz a lo creado, y no delega el gobierno del mundo ni lo interrumpe), las actitudes de hostilidad se harán aún mayores: desde entonces *“trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”* (v.18). De hecho, como lo sabemos los lectores del cuarto evangelio, Jesús acabará muriendo, en última instancia, por blasfemo...

Tratando de llevar el pasaje a nuestra vida, creo que también como creyentes podemos rastrear en nuestra historia personal ese encuentro fundante con Jesús en el que Él intervino liberándonos de nuestras parálisis. Esto seguramente se convirtió en un incentivo para caminar con mayor seguridad, convicción y gratitud por el camino de la vida. Podríamos hacer memoria, una vez más, de este evento trascendente en nuestra existencia, y llevarlo a la oración.

En contrapartida, y como le sucedió a los fariseos, tampoco para nosotros es fácil a veces el discernimiento. Muchas veces tomamos como cosa de los hombres lo que es de Dios, o viceversa. Atarnos a la materialidad de las prácticas o la literalidad de las interpretaciones, saliéndonos del espíritu con que fueron dichas, o no contextualizándolas oportunamente en el tiempo en que surgieron, puede llevarnos a ciertos excesos fundamentalistas...

9. La multiplicación de los panes: *el pan*

Si existe un signo representativo del encuentro, al menos en el contexto occidental, es el del pan. El pan no solamente expresa el modo más elemental de alimentarnos que tenemos las personas, sino que también habla de mesa familiar, compartir solidario, nutrirse de lo fundamental.

Por un lado, el pan supone trabajo, esfuerzo y sacrificio por conseguirlo o prepararlo; y por otro, convoca, posibilita la fiesta, anima el camino, forja esperanza: porque el pan, en su sencillez y humildad, es también “don”. Por todo esto es que permite entrar en comunión con la trascendencia²⁵, y que Jesús se sintió reflejado y expresado en él.

*“Después de esto, se fue Jesús a la otra ribera del mar de Galilea, el de Tiberíades, y mucha gente le seguía porque veían los signos que realizaba en los enfermos. Subió Jesús al monte y se sentó allí en compañía de sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. “Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: ‘¿Dónde nos procuraremos panes para que coman éstos?’ Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le contestó: ‘Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco’. Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: ‘Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es eso para tantos?’ Dijo Jesús: ‘Hagan que se recueste la gente’. Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: ‘Recojan los trozos sobrantes para que nada se pierda’. Los recogieron, pues, y llenaron doce canastas con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. Al ver la gente el signo que había realizado, decía: ‘Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo’. Sabiendo Jesús que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte *Él solo*” (6,1-15).*

9.1. Decidirse a cruzar el lago

²⁵ Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 278-293.

Una vez más, el relato²⁶ está enmarcado en un contexto pascual: “*Estaba próxima la Pascua*” (v.4). Esto queda puesto de manifiesto, además, en las reiteradas referencias al mar (por ejemplo, “*Se fue Jesús a la otra ribera del mar*” [v.1]²⁷): estas travesías marítimas procuran simbolizar una especie de nuevo éxodo (cruce del mar Rojo) e ingreso (cruce del Jordán) en tierra de promisión. Jesús se insinúa, además, como un nuevo Moisés subiendo al monte (v.3); si bien a diferencia de lo acontecido en el monte Tabor, aquí lo hace en compañía de sus discípulos²⁸ y con un trasfondo más apacible. La combinación de todos estos modos de vinculación comparativamente superiores a los véterotestamentarios procuran mostrar la excelencia del signo que Jesús realizará y explicará.

En efecto, con esta introducción, el evangelista está ambientando la escena para mostrar que el maná del desierto habría sido tan solo una prefiguración del verdadero pan de vida que el Padre está dando a los que atrae al Hijo. El discurso posterior al signo que ahora comentaremos dará cuenta explícita de ello: “*Yo soy el pan de vida. Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre*” (Jn 6,48-51)²⁹.

9.2. El gesto del pan...

El diálogo con Jesús comienza por una aparente dificultad: “*¿Dónde nos procuraremos panes para que coman estos?*” (v.5). La pregunta nos recuerda la queja de Moisés en el desierto, que clamaba a Yahveh preguntando de dónde sacaría carne / peces para tanta gente (cf *Num* 11,13.22). En la situación presente, el problema es puesto en evidencia por el mismo Felipe, cuando dice: “*Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco*” (v.7). El denario era el jornal diario, lo que demuestra, además de la dificultad práctica de encontrar pan, lo oneroso del cometido. Sin embargo, según transcurre el relato, vamos viendo que no todo está perdido...

²⁶ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 207-239; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.* 286-291; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (II) 32-47.

²⁷ Rivas hace notar que en los primeros veinticinco versículos se hacen en total siete referencias al “mar”: vv.1.16.17.18.19.22.25. Como ya sabemos, el siete expresa plenitud o perfección.

²⁸ A los que se hace referencia también siete veces: 3 8 12 16 22 24.60.

²⁹ Curiosamente, la palabra “pan” será utilizada veintiuna veces (3 x 7) en el capítulo 6.

En efecto, Andrés encuentra un muchacho generoso, dispuesto a compartir lo que tiene: “*Cinco panes de cebada y dos peces*”. Sin embargo, es cierto y evidente, “*¿qué es eso para tantos?*” (v.9). Si tomamos el número cinco de los panes como una referencia al Pentateuco, podríamos pensar que lo que el evangelista está poniendo en boca de Andrés es la convicción de la insuficiencia de las Escrituras véterotestamentarias para alimentar al nuevo pueblo de Dios; es decir, a la multitud que se acerca a Jesús (cf v.5). Está, además, el detalle de los panes de cebada, que nos recuerdan el signo realizado por el profeta Eliseo (cf 2 Re 4,42-22), quien sin embargo había alimentado “solamente” a cien hombres.

Hay algunas otras observaciones que conviene realizar. Por ejemplo, a diferencia de lo ocurrido en Egipto o en el desierto, parece que la gente aquí puede comer tranquila (cf Ex 12,11) y, además, todo lo que quiera (cf Ex 16,16). Por eso Jesús manda que “*se recueste*”: “recostarse” era más propio de banquetes que de comidas frugales. Pero además, el recostarse nos recuerda muy concretamente la pascua hebrea. Otro detalle: en contrapartida con lo que ocurría en el desierto, “*había en el lugar mucha hierba*” (v.10). Esto responde más a la imagen de la tierra prometida que a la del viaje que la posibilita (cf Núm 13,25ss). Notemos, asimismo, que se trata de un alimento perfecto (ya que cinco más dos suman siete), y no de una repetición de aquél que los padres comieron en el desierto y murieron (cf v.49). Es más, mientras que en la experiencia véterotestamentaria no se podía guardar el maná para el día siguiente porque se pudría (cf Ex 16,20), ni comer carne en exceso porque se moría (cf Núm 11,33), ahora los miembros del nuevo pueblo pueden llevar adelante un banquete sin sobresaltos y satisfacerse a gusto.

Sin embargo, como en el primer éxodo, también ahora había mucha gente (cf v.5). Podría decirse que se hace referencia a un nuevo pueblo que recuerda el antiguo, ya que se habla de “*unos cinco mil*” (v.10) hombres. Es decir, cinco veces mil: el número que recuerda el Pentateuco por una multitud inabarcable. De este modo, los beneficios véterotestamentarios son ahora extensibles a todos los hombres.

Para distribuir el verdadero maná, Jesús “*tomó*” los panes, “*dio gracias, los repartió*”, y lo mismo hizo con “*los peces, todo lo que quisieron*” (v.11). La expresión “dar gracias” es traducción del término griego *eujaristésa*, de donde proviene *eucaristía*. Los verbos empleados nos recuerdan, por otra parte, los concernientes a la institución eucarística en Pablo y en los evangelios sinópticos (cf 1 Co 11,24; Mc 14,22; Mt 26,26ss; Lc 22,15ss).

Por último, Jesús da instrucción de que *“recojan los trozos sobrantes para que nada se pierda”* (v.12). Si se trata de un alimento para la vida del mundo, tiene que llegar a todos y nadie debe quedar privado de él por descuido. El número de doce canastas constituye una referencia explícita al grupo de los Doce, que tendrán la responsabilidad de hacer llegar los trozos sobrantes a todos los que en el futuro crean. Porque en efecto, se trata de un banquete abierto (cf *Mt 22,1-14*), al que todos están convocados. Esto mismo le conferirá connotaciones escatológicas (cf *Ap 19,6.9*).

9.3. ... y el pan vivo bajado del cielo

La multitud que estaba presente interpretó el signo con mirada miope. Si bien es cierto que *“éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo”* (v.14), el alcance de esta afirmación era en realidad restringida: pensarían en la figura de la que Yahveh habla a Moisés en *Dt 18,15.18*, o tal vez, en un rey que venía para restaurar la monarquía davídica. Por eso, *“sabiendo Jesús que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte Él solo”* (v.15).

Es decir, volvió al monte como un nuevo Moisés, para evitar que se repitiera la historia de una realeza extraviada que finalmente no había conducido a Israel por verdes praderas (cf *Sal 23,2*), sino que apacentándose a sí misma, había llevado al pueblo a las tierras extrañas del destierro (y no a la tierra prometida) (cf *Ez 34,1-6*). Pero además, porque como ante Pilato, Jesús insistirá en que *“mi reino no es de este mundo”* (*Jn 18,36*).

El pasaje en su conjunto es una gran invitación a la autotranscendencia teocéntrica³⁰: es decir, una exhortación a ir más allá de los impulsos y expectativas naturales para abrirse a lo inédito de Dios y de los valores de su reino. Es un estímulo para pasar de los símbolos naturales, en sí mismos ambiguos y posiblemente regresivos, como lo es el “pan” en cuanto expresión de los anhelos inmediatos y primarios del hombre; a los símbolos espirituales, netamente progresivos, como lo es el “pan” en cuanto “pan de vida” y don de lo alto para el creyente.

³⁰ Idea recurrente en la teoría interdisciplinar de RULLA, L., *Antropología de la vocación cristiana* (I), Atenas, Madrid 1990.

Posiblemente también nosotros, como la gente del tiempo de Jesús, tenemos nuestras expectativas demasiado humanas en ámbitos concretos de la vida. Y es desde el imperioso anhelo de que puedan llevarse a cabo, que a veces pretendemos proyectar lo que el Señor debería hacer para “darnos una mano” y mostrarnos su cariño.

Sin embargo, la fe nos invita a buscar un alimento siempre mayor, siempre más pleno y perfecto. Para valorarlo, es preciso que aprendamos a postergar muchas gratificaciones inmediatas que, siendo lícitas, en ocasiones pueden terminar bloqueando el desarrollo de nuestras posibilidades más profundas y originales como hijas e hijos de Dios. Porque *“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4).

10. El ciego de nacimiento: la luz

Parecería que a los seres humanos nada nos aporta más información y libertad de movimiento que la vista. La ceguera ocular limita enormemente nuestros márgenes de maniobra, restringe nuestro mundo, e incluso puede aislarnos de la vida social. Más aún, la ceguera de nacimiento impide descubrir gran parte de nuestro entorno.

Lo mismo sucede con la oscuridad. De ahí que nada más temido por el hombre primitivo que la noche³¹. La ausencia de luz expone a toda clase de peligros: enemigos, animales, percances, temores interiores, etc. En contrapartida, la luz trae serenidad, expande la vida, permite comprender mejor la realidad circundante.

En el contexto gnóstico del Asia Menor³², Jesús es presentado como “luz del mundo”: gracias a él, el mundo y la persona humana cobran su verdadera dimensión, y el hombre encuentra su paz y resplandor personal.

“[Jesús] vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento (...). Escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: ‘Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). El fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: ‘¿No es éste el que se sentaba para mendigar?’ Unos decían: ‘Es él’. ‘No, decían otros, sino que es uno que se le parece’. Pero él decía: ‘Soy yo’. Le dijeron entonces: ‘¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos?’ Él respondió: ‘Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: ‘Vete a Siloé y lávate’. Yo fui, me lavé y vi’. Ellos le dijeron: ‘¿Dónde está ése?’ El respondió: ‘No lo sé’.

“Lo llevan a los fariseos al que antes era ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista (...). Algunos fariseos decían: ‘Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado’. Otros decían: ‘Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes signos?’ Y había disensión entre ellos (...). No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y le preguntaron: ‘¿Es éste el hijo de ustedes, el que dicen que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?’ Sus padres respondieron: ‘Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no lo sabemos; ni

³¹ Cf RAMOS, G. – BILÓ, D., *o.c.*, 17-34.39-42.

³² Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 443-476.

quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Pregúntenle; edad tiene; puede hablar de sí mismo’ (...).

“Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: ‘Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador (...). ¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?’. El replicó: ‘Se los he dicho ya, y no me han escuchado. ¿Por qué quieren oírlo otra vez? ¿Es que quieren también ustedes hacerse discípulos suyos? (...). Eso es lo extraño: que ustedes no sepan de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha (...). Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada’. Ellos le respondieron: ‘Has nacido todo entero en pecado ¿y nos das lecciones a nosotros? Y le echaron fuera.

“Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: ‘¿Tú crees en el Hijo del hombre?’ Él respondió: ‘¿Y quién es, Señor, para que crea en él?’ Jesús le dijo: ‘Le has visto; el que está hablando contigo, ése es’. Él entonces dijo: ‘Creo, Señor’. Y se postró ante él. Y dijo Jesús: ‘Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos’ ” (Jn 9,1-39).

10.1. El ciego que recobra la vista...

El relato³³ afirma que el hombre había nacido [=genes] ciego (v.2). Es decir, todavía no había sido “engendrado de lo alto” (cf Jn 3,4), y por lo tanto, participa del mundo de las tinieblas (cf Jn 1,5). En contrapartida, Jesús afirma: “*Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo*” (9,5; cf 1,9; 8,12). Esta sentencia parece clave al momento de tener que hacer una interpretación del sentido profundo del signo.

En efecto, dicho esto Jesús hace barro con su propia saliva. A la misma se le atribuían poderes curativos. Pero el gesto nos trae también reminiscencias creacionales (cf Gen 2,7): Jesús estaría a punto de “recrear” al hombre ciego. Después de ponerle barro en los ojos le dice: “*Vete, lávate en la piscina de Siloé. El fue, se lavó y volvió ya viendo*” (v.7). Por lo dicho, el gesto parece de por sí elocuente, sobre todo si se considera la visión de los ciegos como un signo de los tiempos mesiánicos (cf Is 29,18; 32,3; 35,5; 42,6). Por otra parte, el modo en que es narrado, parecería insinuar connotaciones bautismales (el bautismo era

³³ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 287-296; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 296-299; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (II) 300-344.

denominado *photismós* [=iluminación], *lavacrum* [=lavado]). Esta interpretación queda confirmada en 9,15, donde el mismo ciego curado testimonia: “*Me lavé y ahora veo*”.

No obstante, el signo será causa de discusión con los fariseos que se resistirán culpablemente a aceptar las evidencias del caso. También la Sagrada Escritura hablaba de la ceguera como resistencia a la acción de Yahveh (cf *Is* 6,9-10; 42,18-20; 43,8; 56,10). En este caso, la resistencia se apoyaba en el hecho de que estuviera prohibido en sábado hacer barro...

10.2. ... y los fariseos que no acaban de ver

En efecto, los fariseos comenzarán por preguntar al ciego curado: “*¿Cómo se te han abierto los ojos?*” (v.10). Además muchos de ellos insistirán en que Jesús “*no viene de Dios porque no guarda el sábado*”. Sin embargo, otros argumentaban: “*¿Cómo puede un pecador realizar semejantes signos? Y había disensión entre ellos*” (v.16).

Vemos que la división se produce porque, de interpretarse lo acontecido desde la ley tomada al pie de la letra, habría una flagrante contradicción en los resultados obtenidos. La misma podría formularse con el siguiente silogismo: Dios nunca obra a través de un pecador; el que transgrede el sábado es un pecador; por lo tanto, Dios no puede actuar por medio de Jesús que quebrantó el precepto sabático. Pero la evidencia muestra todo lo contrario. El actual “falsacionismo” (o “refutaciónismo”) de K. Popper diría, a partir de los hechos, que hay una premisa que, tomada al pie de la letra, deja de ser válida. Sin embargo, los fariseos se resisten a la evidencia, y el lector del evangelio percibe a las claras este empecinamiento.

La resistencia se manifiesta con mayor elocuencia con el testimonio de los padres del enfermo: “*Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero cómo ve ahora, no lo sabemos*” (vv.20-21). Es decir, se limitan a exponer y hablar aquello de lo que verdaderamente tienen experiencia y saben: a diferencia de los fariseos, no fabulan explicaciones ni aventuran interpretaciones hipotéticas. Pero además no lo hacen por temor a los judíos (cf 7,13; 9,22; 19,38; 20,19)...

La resistencia al signo de Jesús por parte de los fariseos queda también de manifiesto en la reiterada insistencia con que se dirigen inquisidoramente al ciego curado. Tanto que nos

daría la impresión de que él mismo estaría perdiendo la paciencia a causa de la dureza de corazón de quienes lo acosan: “*Se los he dicho ya, y no me han escuchado (...). ¿Es que quieren también ustedes hacerse discípulos suyos?*” (v.27). La ironía final es evidente: si ellos no aceptan el signo es porque están ciegos, y entonces, para recobrar la vista, deben convertirse en discípulos de aquel que es la luz del mundo. Por lo tanto, ya no están en condiciones de ser maestros en Israel...

Posiblemente la escena nos arranque una cierta sonrisa, pero la realidad es que, a veces, a todos un poco nos cuesta aceptar las evidencias de Dios. Muchas veces buscamos dar explicaciones complejas a las cosas más simples, por no aceptar con sencillez que el Señor efectivamente actúa en la historia humana y es capaz de realizar signos inéditos donde menos se los espera. Me refiero en concreto a dos situaciones bastante comunes.

1) Por un lado, y tomando literalmente el relato, no creo que los signos de Dios (lo que llamamos milagros) sean en realidad algo tan poco común en la vida de los creyentes y reservado sólo para situaciones extraordinarias: estos signos son más frecuentes de lo que a veces pensamos, y de esto, tal vez nosotros mismos tengamos algún testimonio personal para ofrecer. 2) Por otro lado, y pese a interpretaciones eclesiásticas a veces un poco estrechas, existen muchos signos de luminosidad y santidad real fuera de los confines visibles de la Iglesia católica, y en la misma sociedad civil, que no siempre valorizamos suficientemente. También esto parece una constatación tan empírica como la del ciego curado...

10.3. La expulsión de la sinagoga y la fe

Más allá de estas observaciones, lo más importante es el sentido profundo del signo, es decir, el acceso a la fe. Por eso, cuando a partir de lo dicho por el hombre sanado, los fariseos lo llenen de improperios y lo expulsen de la sinagoga (temor que evidentemente asaltaría a todo el que quisiese confesar abiertamente a Jesús [cf 12,42]³⁴), y lo hagan con una afirmación que muestra que “de momento” no están dispuestos a convertirse en

³⁴ Estos pasajes manifiestan, en realidad, un problema posterior al de la época de Jesús, y es el conflicto entre judíos y cristianos que se irá agudizando a partir del decreto de Jamnia, en el año 70, mediante el cual efectivamente los cristianos van a ser separados (y separarse) definitivamente de los círculos judíos.

discípulos (*“Has nacido todo entero en pecado, ¿y nos das lecciones a nosotros? Y le echaron fuera”* [v.34]), aquél pasará a estar en condiciones de hacer su propio acto de fe y de incorporarse a la comunidad (joánica).

El relato prosigue como si Jesús hubiera estado esperando que suceda esto -la expulsión de la sinagoga- para recién entonces presentársele como el Hijo del hombre: *“¿Tú crees en el Hijo del hombre?”* (v.35). Curiosamente no dice “Hijo de Dios”, lo que hubiera sido más lógico. Sin embargo, la figura del Hijo del hombre también tenía connotaciones celestiales (cf *Dn 7,13; Ap 1,7; 14,14*). El ciego sanado respondió: *“Creo, Señor”* (v.38); es decir, accede a la luz y visión verdaderas por la fe en Jesús.

El corolario del relato es explicitado por el mismo Jesús: *“Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos”* (v.39). Una afirmación un tanto paradójica, que ya había sido prevista por Isaías³⁵, y que pone de relieve un nuevo orden de cosas. El ciego que humildemente repite dos veces *“no sé”* (vv.12 y 25) y pregunta acerca de Jesús *“¿quién es?”* (v.36), acaba viendo. Pero los fariseos que dicen dos veces *“nosotros sabemos”* (vv.24 y 29), y se niegan a recibir lecciones (v.34), terminarán “no viendo”.

Esta aparente contradicción está presente, a su modo, también en los evangelios sinópticos, cuando se afirma, por ejemplo, que *“el que quiera salvar su vida la perderá, pero que el que la pierda por mí y por el evangelio la salvará”* (*Mc 8,35*); o también cuando se pone en boca de María: *“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”* (*Lc 1,52-53*).

Esto nos hace pensar que, en realidad, la lógica evangélica no es tan clara y evidente para nosotros como algunas veces nos parece o nos gustaría que fuese. Sin embargo, tampoco es tan oscura como en otras circunstancias podría llegar a representársenos. Por eso es importante que, “asintiendo meditativamente” como es lo propio de la fe, vayamos tratando de meditar en el corazón lo que el Señor sí nos va manifestando (cf *Lc 2,19*), evitando que una culpable resistencia interior nos enceguezca ante los elocuentes signos del Espíritu.

³⁵ Para que vean: *Is 42,7.18; 29,18; 35,3*; para que no vean: *Is 6,10*.

11. La resurrección de Lázaro: la vida

El presente relato nos vuelve a poner de cara a la situación límite de la muerte. Pero aquí quisiera destacar otros símbolos de la experiencia humana, que no son sino su contrapartida: la resurrección y la vida. Naturalmente reaccionamos frente a todo lo que se parezca a la muerte porque llevamos interiormente inscrito un llamado a la vida y a la plenitud. Sin embargo, la muerte parece salirnos al encuentro en muchas formas de limitaciones con las que nos vamos topando a lo largo de nuestra existencia: hasta que viene a buscarnos “en persona”...

Por eso todos los pueblos se empeñaron en dar un significado trascendente a este momento tan particular y crucial del itinerario humano; e incluso de establecer algún tipo de vinculación con el más allá, en donde creían que los ancestros de algún modo pervivían³⁶.

“Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo’ (...). Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro (...).

“Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro (...). Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: ‘Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá’. Le dice Jesús: ‘Tu hermano resucitará (...). Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Le dice ella: ‘Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo’.

“Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: ‘El Maestro está ahí y te llama’. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue hacia él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado (...). Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto’. Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: ‘¿Dónde lo han puesto?’ le responden: ‘Señor, ven y lo verás’. Jesús derramó lágrimas. Los judíos

³⁶ Cf WIDENGREN, G., o.c., 363-392.

entonces decían: ‘Miren cómo le quería’ (...). Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: ‘Quiten la piedra’ (...). Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: ‘Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que Tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que Tú me has enviado’. Dicho esto, gritó con fuerte voz: ‘¡Lázaro, sal afuera!’. Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: ‘Desátenlo y déjenle andar’ ” (11,1-44).

11.1. “Aquél a quien tú amas está enfermo”

Si bien en varios pasajes evangélicos se habla o expresa el amor de Jesús, las reiteradas afirmaciones del presente relato³⁷, como así también los gestos concretos que lo acompañan, parecen tornarse más elocuentes. Se dice explícitamente que “*Jesús amaba [=egápa] a Marta, a su hermana y a Lázaro*” (v.5). Por eso, pese a que “*los judíos querían apedrearte*”, decide volver allí (v.8) “*para despertarle*” (v.11).

Esta última expresión tiene un sentido interesante en las religiones, ya que supone una iluminación que devuelva la vida a una existencia verdadera, de la que la persona se había alejado u olvidado, y que por eso la mantenía postrada en una situación que se equiparaba a la muerte³⁸. Por la importancia de este “despertar” es que Jesús dice: “*vayamos allí*” (v.15), pese al riesgo que esto suponía. También posteriormente, los presentes en casa de Lázaro, al verlo llorar, dirán: “*Miren cómo lo quería*” (v.36).

En la teología clásica, poco se habló de los sentimientos de Jesús. Tal vez el romanticismo los puso más de manifiesto, y la devoción al Sagrado Corazón permitió una canalización afectiva del amor *de y hacia* Jesús. Lo cierto es que en el presente capítulo, el evangelista está preocupado por resaltar (con gestos, palabras y actitudes) el amor tanto efectivo como afectivo del Hijo de Dios por los suyos.

11.2. “Basta con que tengas fe”

³⁷ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 317-331; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 302-305; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (II) 391-447.

³⁸ Cf ELIADE, M., *o.c.*, 142-146.

“Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa” (v.20). Y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto [=apézamen] mi hermano. Pero aún ahora yo sé que cuanto pides a Dios, Dios te lo concederá” (vv.21-22). El verbo empleado da a entender una muerte con connotaciones incluso morales: “perdersé”, o acabar siendo “hijo de la perdición”, lo que en el evangelio es propio del que no cree (cf 17,12).

Marta se expresa saliendo rápidamente al encuentro de Jesús, y lo hace mediante la elocuencia de la palabra; incluso con un cierto tono de reproche confiado. Por eso Jesús le respondió también con palabras, “en su mismo lenguaje”: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?” (v.26). Procediendo así, Jesús suscita en la hermana de Lázaro el acto creyente, dando de este modo lugar a una profesión de fe, análoga a la de Pedro (“Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos que tú eres el Santo de Dios” [6,68-69]), pero que en este caso estará puesta en boca de Marta: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo” (v.27; cf Mc 8,29; Mt 16,16).

Me parece que es bueno en las situaciones límites que nos toca ir viviendo, lograr expresarnos “abiertamente” ante el Señor: como lo hizo Marta. Incluso aunque en el modo de hacerlo nos salga también algún “legítimo” reproche. Si procedemos así, también Jesús, de algún modo, nos hará entender qué quiere de nosotros, y cómo en realidad lo que busca es conducirnos a la vida. Aunque de momento esto no lo veamos y tengamos que “creerlo”.

11.3. “El Maestro está ahí y te llama”

En contrapartida, María sólo entrará en escena cuando Marta la venga a buscar. Dice el texto que sólo cuando le dijo que el Maestro la llamaba, “se levantó rápidamente, y se fue hacia él” (vv.28-29). Y cuando llegó hasta donde Él estaba, “cayó a sus pies y le dijo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto’ ” (v.32). Hay un matiz con respecto a la actitud tomada por su hermana. María se expresa en primer lugar “cayendo a sus pies”, es decir, con un gesto. Pero además, lo hace llorando, lo que a su vez conmueve a

Jesús: “*Viéndole llorar Jesús (...), se conmovió interiormente, se turbó y dijo: ‘¿Dónde lo han puesto?’ Le responden: Señor, ven y lo verás’. Jesús derramó lágrimas*” (vv.32-35).

Podríamos reflexionar brevemente sobre esto. Mientras que a Marta Jesús le responde invitándola a renovar su fe haciendo una profesión explícita de adhesión confiada (es decir, que como en el caso de Pedro, sintoniza con ella a través del acto de fe), con María lo hace más cordialmente a través de gestos (como acontecerá análogamente con el denominado discípulo amado). En este caso, “llorando”, “conmoviéndose” y “derramando lágrimas”: Jesús manifiesta una plena empatía emocional con María. Pero además, podemos observar que María tarda en “salir” y el discípulo amado se demora en “entrar” (cf 20,5); mientras que Marta “sale” rápidamente y Pedro “entra” ni bien llega (cf 20,6). Sin embargo, comparativamente, parecería existir una vinculación más profunda entre Jesús y María o el discípulo amado (cf 11,36; 13,25), que entre Jesús y Marta o Pedro (cf 13,24).

También Lucas (cf 10,38-42) hablaba de un talante más activo por parte de Marta (=palabra y acción) y más contemplativo por parte de María (=silencio y gestos). De hecho, esta última será la misma que vierta el perfume de nardos puros en Betania, y resulte aprobada por el Señor (cf *Jn* 12,7), tal como el mismo evangelista se ocupará de destacarlo al comienzo del relato que estamos considerando: María “*era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos*” (*Jn* 11,2).

Sin embargo, y dentro del simbolismo que caracteriza al cuarto evangelio, habría que decir que ambas actitudes constituyen dos modos diferentes de entrar en comunión con Jesús (por más que el autor se incline con preferencia por el segundo). Estas actitudes tienen, a su vez, su parangón en análogas y complementarias vertientes que hacen a la comunión eclesial: hoy le diríamos, respectivamente, “misión” y “misterio”.

11.4. “Lázaro, sal fuera”

El relato continúa diciendo que el cadáver ya estaba en “*el cuarto día*” (v.39). Según los hebreos, era el tiempo en que comenzaba el proceso de descomposición (por eso Jesús resucitará al tercero). El “mal olor” de Lázaro en el sepulcro (v.39) contrasta con el “olor a perfume” que se expandirá en la casa de Betania (cf 12,3). Sin embargo, ambas escenas están unidas por las experiencias de muerte-vida: el muerto Lázaro será revivificado y

estará a la mesa; y el vivo Jesús, estando a la mesa, recibirá la unción regia en vista a su muerte.

En concreto, cuándo Jesús pregunte por el lugar donde pusieron a Lázaro, le dirán “*ven y lo verás*” (v.34). Era la misma respuesta que, en contrapartida, había dado el Señor a los primeros discípulos: “*vengan y lo verán*” (1,39). Podríamos aventurar la siguiente interpretación: mientras que Jesús moraba en el seno del Padre (cf 1,18) y los discípulos estaban llamados a hacer una “fascinante” experiencia de ello, Lázaro lo hará en un sepulcro (cf 11,38) y Jesús deberá tomar contacto (en la lógica del intercambio) con esta otra experiencia “kenótica”, solidarizarse empáticamente con la misma. Posiblemente todo esto haya conmovido, momentos antes, tanto a María como a Jesús, de quien recién ahora se afirma explícitamente que “*derramó lágrimas*”.

Ahondando lo dicho, para que Lázaro (que según algunos sería el discípulo amado) pueda morar en el seno de Jesús (que a su vez es la imagen del Padre, en cuyo seno habita el Señor) (cf 13,25), Jesús tendrá que morar (al menos transitoriamente) en un sepulcro (cf 19,42). No obstante, el lector del cuarto evangelio no tendrá que apenarse, sino más bien recordar que “*esta enfermedad no es de muerte*”, sino que “*es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella*” (11,4).

La escena de la revivificación viene precedida por una oración de Jesús en la que explícitamente llama a Dios: “*¡Padre!*” (11,41). Es el modo habitual con el que el cuarto evangelio introduce la manera que tiene Jesús de dirigirse a Dios en la oración (cf 12,27-28; 17,1.5.11.21.24.25). Pero esto pone de manifiesto, además, lo que en muchos discursos el Señor trata de manifestar: su original vinculación filial con Dios (por ejemplo, 5,19,47; 14,1-31).

Al llamado de Jesús: “*Lázaro, sal afuera*” (v.43), el revivificado salió “*atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario*” (v.44). Resalta la referencia a la fuerte voz de Jesús (cf 11,43), que parecería tener carácter escatológico (cf *Jn* 5,25.28-29; *Ap* 1,10; 8,13). La vuelta a la vida de Lázaro anticipa la resurrección del mismo Jesús (o la de cada uno de nosotros). Esto lo pone de manifiesto el detalle del sudario y las vendas (cf 11,44), que son distinguidos por el evangelista de un modo análogo a como lo hará con los de Jesús (cf 20,7). Pero además, en el estar atado, percibimos una alusión al signo de esclavitud que a partir de este momento ya no regirá más el destino de Lázaro. Él ahora

nace a una vida nueva, a la existencia auténtica. Por eso “*Jesús les dice: ‘Desátenlo y déjenlo andar’*” (ib.).

Y como viene ocurriendo en otros relatos, “*muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él*” (v.45); es decir, acceden a la fe mediante el signo. En contraposición, el evangelista hace notar que también otros, “*desde este día, decidieron darle muerte*” (v.53); fundados en una sentencia del Sumo Sacerdote Caifás que terminará siendo profética: “*Conviene que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación*” (v.50).

Esta será también la suerte del discípulo Lázaro, a quien “*los Sumos Sacerdotes decidieron dar también muerte*” (12,10). Posiblemente el evangelista nos quiera mostrar como empieza a cumplirse en este discípulo lo sentenciado por Jesús en el discurso incluido después del lavatorio de pies: “*el siervo no es más que su señor*”, y “*si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes*” (15,29).

Resumiendo el desenlace, observamos que el relato está construido para mostrar que Jesús dará la vida por su amigo Lázaro; que ofrecerá la propia en rescate por la suya. En Lázaro podemos vernos representados cada uno de nosotros. Si asumimos la hipótesis de que en la mente del evangelista Lázaro es el discípulo amado (“*aquél a quien amas*”), y el que tiene una vinculación de mayor intimidad con Jesús; y si además aceptamos que el discípulo amado es cualquier creyente (comenzando por los miembros de la comunidad joánica) que se acerque al Señor con las debidas disposiciones, crea en Él, y dé testimonio de Jesús en el momento de la prueba; podemos inferir que si tenemos una fe consistente, el Señor habrá dado su vida también por cada uno de nosotros, para que tengamos Vida en Él.

12. La unción en Betania: *el perfume*

El perfume hace a lo gratuito e innecesario, igual que la invitación a una comida. En este sentido expresa alegría expansiva y júbilo generoso. Por eso se ungía a los reyes con perfume (“a mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos”), para resaltar el esplendor de su persona³⁹. En este mismo sentido, es que la esposa del *Cantar de los Cantares* conserva los perfumes para su esposo (cf *Ct* 7,14).

Pero el perfume recuerda también los ritos funerarios, con que procuraba reducirse el hedor de la putrefacción (cf *Mc* 16,1)⁴⁰. En este sentido, su utilización podría estar señalando la inminencia del fin... Por eso, en Betania, una vez más, nos encontramos con lo paradójico del simbolismo joánico.

“Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: ‘¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?’ Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: ‘Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendrán con ustedes; pero a mí no siempre me tendrán’.

“Gran número de judíos supieron que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús” (Jn 12,1-11)⁴¹.

12.1. La invitación

No deja de ser interesante el contexto de la invitación: “*Seis días antes de la Pascua*” (12,1). Sólo que ésta sería una pascua muy particular: la nueva y definitiva. En esta comida,

³⁹ Cf WIDENGREN, G., *o.c.*, 346ss.

⁴⁰ *Id.*, 376ss.

⁴¹ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 333-339; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 306-307; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, 452-460.

“*Marta servía [=diekónei] y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa*” (v.2). Nuevamente aparece Marta con un rol activo de servicio, y Lázaro como elocuente testigo del amor de Jesús.

12.2. Un derroche aparentemente innecesario

Pero aquí acontece lo inesperado. “*Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro [=pistikēs], muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume*” (v.3). Lo imprevisto del gesto y el costo del mismo, hace que Judas exclame: “*¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?*” (v.5). A su modo de ver, el derroche había sido aparentemente innecesario: trescientos denarios equivalían a trescientos jornales; era casi un año de trabajo.

Queda claro que Judas no termina de percibir el alcance de este gesto realizado por María, a quien ya conocemos del episodio anterior, con este perfume precioso: curiosamente la palabra *pistikēs* tiene la misma etimología que *pístis*, que significa “fe”. Lo que María acaba de hacer mediante su característico lenguaje simbólico es un acto creyente de reconocimiento y adoración.

Posiblemente en el relato haya una solapada alusión crítica a quienes en la comunidad joánica hubieran preferido insistir más en la caridad evangelizadora que en las expresiones y celebrativas. Es decir, gastar más en atención a los pobres y menos en el culto. También en tiempos del postconcilio se tendió a poner este acento de servicio a los pobres, en la vida pastoral de la Iglesia, en detrimento de la importancia conferida a los gestos litúrgicos y la nobleza del culto.

Sin embargo, pienso que -con María y con Jesús- sería bueno recordar que las celebraciones bien cuidadas terminan beneficiando a todos (incluidos los pobres) de un modo más profundo y permanente. Sin evidentemente contraponerlos, los hechos dan cuenta de que cuando decae el nivel celebrativo, también tiende a desvanecerse la auténtica caridad. Por otra parte, el evangelista se muestra muy duro con respecto a las verdaderas motivaciones de Judas para hacer la afirmación que hizo.

12.3. La elocuencia de los gestos

Pese a las objeciones de Judas, Jesús tiene finalmente una actitud de aprobación: “*Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura*” (v.7). Sin embargo, la afirmación no resulta del todo clara, ya que no era éste el tipo de perfume con que se ungía a los muertos. Tal vez podamos interpretar esta intervención de Jesús en un plano simbólico, ya que la muerte de Jesús es en realidad coincidente con su glorificación (como Ungido de Dios).

De todos modos, con esta respuesta, el desenlace queda planteado. La ambigüedad del gesto mismo lo expresa. Por un lado, la casa llena del olor del perfume que es signo de amor, adoración y glorificación; por otro, se hace referencia a la muerte inminente, al evocarse el signo de la entrega (=el dinero) y el nombre del traidor (=Judas Iscariote). La inminencia de la “hora” (cf 12,27.32-33; 13,1) se respira en el ambiente.

En nuestro tiempo, en el que el lenguaje racional cae en descrédito y parece ya no responder al modo de expresión de nuestra época, los gestos sentidos pueden aportar un decir tal vez más elocuente. Por eso hay que cuidarlos, aunque parezcan un derroche innecesario. Los gestos entran más fácilmente en la dinámica del don que la profundidad de las palabras. Y el “don” siempre supone algo de “exceso” y derroche.

Podríamos preguntarnos: *¿De qué modos concretos expreso mi amor gratuito y desbordante hacia el Señor y hacia quienes viven a mi lado?*

13. El lavatorio de los pies: *el servicio*

Una de las cosas que más nos cuesta a las personas es ponernos en actitud de servicio. Principalmente, porque en una lógica meramente humana, quien sirve se autodeclara inferior al que es servido, y fomenta lo que P. Bourdieu denominaría un *habitus* funcionalmente dependiente; atentando, por lo tanto, contra los fundamentos más elementales de una sana autoestima y reconocimiento social.

Estas observaciones se aplican de un modo muy concreto a lo que en tiempos de Jesús suponía lavar los pies. Era un trabajo tan humillante que sólo a los esclavos extranjeros podía pedírsele: nunca a un judío vendido como tal en Israel. Tampoco podía exigírsele este gesto a un discípulo, que en todo lo demás, durante su tiempo de aprendizaje, debía sostener y servir a su maestro como un siervo lo hacía con su señor: salvo -y es interesante notar esto- que lo hiciese por afecto, como también podía ocurrir en el caso de la esposa con su marido, o con el hijo hacia su padre.

Sin embargo, Jesús, llegando el final de su ministerio público, quiso recapitular su misión con este signo tan particular: el Señor y Maestro se puso a lavar los pies de sus discípulos...

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un recipiente y se puso a lavar los pies de sus discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.

“Llega a Simón Pedro; éste le dice: ‘Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?’ Jesús le respondió: ‘Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde’. Le dice Pedro: ‘No me lavarás los pies jamás’. Jesús le respondió: ‘Si no te lavo, no tienes parte conmigo’. Le dice Simón Pedro: ‘Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza’. Jesús le dice: ‘El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos’. Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: ‘No están limpios todos’.

“Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: ‘¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y dicen bien,

porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes” (13,1-15).

13.1. “Comenzó a lavarles los pies”

El texto⁴² comienza con mucha solemnidad, y ni por asombro nos da pie para imaginar que justo en ese momento culminante Jesús asumiría la actitud de servicio que tomó: *“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (v.1). La expresión contrasta fuertemente con la decisión de Judas, que ya tenía “puesto en el corazón” el deseo de entregar al Señor. La expresión denota una decisión ya plenamente asumida e irrevocable (cf 1 *Sam* 29,10; *Jb* 22,22; *Lc* 21,14). Sin embargo, como ya lo hacía notar el evangelio de Lucas (cf 22,3), más que de Judas, se trata del diablo, que es el verdadero homicida (cf *Jn* 8,44).

Es entonces que Jesús *“se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego, echa agua en un recipiente y se puso a lavar los pies de los discípulos, y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido”* (vv.4-5). En la lógica concatenación del relato, lavar los pies se convierte en símbolo de un amor *“hasta el extremo”*. Es decir, un amor que no mide en su abajamiento con tal de enaltecer y dignificar.

Porque, en efecto, solo a personajes encumbrados, cuando se quería manifestar por algún motivo mucho aprecio, o resaltar la dignidad del huésped, se recurría a este gesto. Por otra parte, es fácil de percibir que, en lugares donde el agua escaseaba y los caminos generalmente se hacían largos y fatigantes, se apreciara mucho el lavatorio de pies: es como si hoy ofreciéramos al que viene de viaje la posibilidad de darse una ducha. Ya en el Antiguo Testamento, Abraham, modelo de hospitalidad en la teofanía de Mambré, había ofrecido a sus tres misteriosos visitantes agua para lavarse los pies (cf *Gen* 18,4). La originalidad del gesto de Jesús es que Él mismo se pone a hacerlo.

⁴² Cf RIVAS, L., *o.c.*, 359-373; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 311-313; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (III) 29-75.

Podríamos preguntarnos también nosotros: *¿Cuáles son hoy esos pequeños grandes gestos con que podemos aliviar y dignificar a quienes viven a nuestro lado, o también a quienes entran en contacto con nosotros?*

13.2. “Si no te lavo no tendrás parte conmigo”

Sin embargo, Jesús encuentra un discípulo que pone lógicas objeciones, con las que también nosotros podríamos sentirnos identificados. En efecto, Pedro le dice al Maestro: “Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?” (v.8). Y más aún: “No me lavarás los pies jamás” (ib.). La resistencia del discípulo parece razonable y contundente: no puede aceptar una humillación de esa clase por parte de su Señor, a quien él ama.

Pero aquí es donde interviene Jesús, también en dos momentos: “Lo comprenderás más tarde” (...). *Si no te lavo, no tienes parte conmigo*” (v.8). En realidad, mucho de lo dicho y hecho por Jesús será comprendido sólo “más tarde” por los discípulos. Pero además, Jesús le da al gesto de “lavar” un sentido de participación mucho más profundo: se trata de una purificación pascual de los discípulos, llena de reminiscencias bautismales, y que sólo será factible con la humillación del Hijo de Dios. El gesto, entonces, no consiste en una mera limpieza externa de los pies, sino en un servicio profundo de purificación, que solo puede surgir del agua del nuevo Templo (cf *Ez 47,1ss*), que es el mismo Cristo (cf *Jn 2,21*), capaz de hacer partícipes a los discípulos de su vida.

Por último, y con estas premisas, dejarse lavar los pies supone también en el destinatario de este servicio una actitud de profunda humildad. Porque quien se deja servir reconoce su propia indigencia, y la necesidad de los otros para su propio desarrollo humano y espiritual. En términos más absolutos, sólo puede emprender una tarea generosa de servicio el que ha entendido previamente que la vida es ante todo don. De este modo, en el servicio recibido se puede hacer experiencia del amor de Dios, para luego tener a su vez la capacidad de brindarlo creativamente a los demás.

En este sentido, es importante que también nosotros reconozcamos y agradezcamos las situaciones en las que otras personas nos han prestado diferentes servicios, como expresión de amor, y que verdaderamente nos han terminado dignificando.

13.3. “Si yo que soy Señor y Maestro”

Como siempre, los relatos joánicos tienen una especie de corolario: *“Si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”* (v.15). El gesto de Jesús tiene también un carácter ejemplar: se trata de que todos sus discípulos lo repitan, sirviéndose unos a otros, y expresando de este modo su amor.

En efecto, si el Señor actúa con la humildad de un siervo, y el Maestro va más allá de lo que estaba prescrito para un discípulo, y lo hace libremente y por amor, aquellos que en realidad son servidores y discípulos tienen sobrados motivos para seguir el ejemplo. Es lo que nos dice la primera carta de Juan: *“En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”* (1 Jn 3,16).

El gesto se convierte entonces en una explícita exhortación a servirse, lavarse y purificarse mutuamente. Por eso también podría interpretarse en un sentido más acotado y explícito, en continuidad con las palabras del resucitado: *“Los pecados serán perdonados a quienes ustedes se los perdonen, y serán retenidos a quienes ustedes se los retengan”* (Jn 20,23). Así, del mismo modo que el Señor purificó y dio vida a sus discípulos, también estos estarán llamados a conferirla al mundo.

La vida del cristiano debe caracterizarse por el servicio, como expresión de un amor hasta el extremo. Este amor incondicional es el de tantas madres que se desviven por sus hijos, el de tantos esposos que a diario entregan su vida por su cónyuge, el de tantos profesionales que se abocan generosamente a su actividad procurando el bien público, el de tantas personas anónimas que realizan actividades de voluntariado y servicio en variados ámbitos. En fin, el servicio como expresión de “amor hasta el extremo”, es el que debe caracterizar la vida de los hijos de Dios (1 Jn 4,7-16) .

14. La pasión y muerte⁴³: las tinieblas

Hay un largo discurso de Jesús que fue interpolado entre el relato del lavatorio de los pies y el comienzo de la pasión (y que corresponde a los capítulos 15-17). El mismo sirve, en cierto modo, como prelude de lo que vendrá. En el mismo, por momentos, se respira un clima de intranquilidad, temor y oscuridad: “*En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me entregará*” (13,21); “*Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes*” (15,20); “*Dentro de poco ya no me verán*” (16,16); “*Ha llegado la hora*” (17,1)... El evangelista maneja muy bien estos símbolos: la oscuridad de la noche (13,30); el pertenecer, estar o venir con (18,3.25); los ámbitos, como el permanecer afuera (18,16); las apreciaciones climáticas, como hacer frío y tener que calentarse (18,25); las actitudes, como la entrega (19,16).

Sin embargo, y a diferencia de los evangelios sinópticos, el cuarto evangelio destaca constantemente la soberanía del Señor. Incluso en los momentos más angustiantes, subraya el “*Yo soy*” (propio de la santidad y trascendencia de Yahveh, como en *Is 6,3*) y la convicción en Jesús de tener que cumplir una misión encomendada por el Padre (cf *Jn 14,28; 16,5; 17,3*). Sus últimas palabras en la cruz serán, en efecto: “*Todo está cumplido*” (19,30).

Como particularidad, el autor del cuarto evangelio combina con mucha habilidad los signos véterotestamentarios de la pascua antigua con la muerte de Jesús: a diferencia de lo que acontece en los evangelios sinópticos, en Juan la muerte del Señor se produce en vísperas de la pascua judía (cf 19,14); la referencia a la realeza de Jesús se transforma en motivo indiscutido de su condena (cf 19,19); la túnica sin costura del Sumo Sacerdote lo manifiesta a Él como el único y definitivo (19,23); el no quiebre de los huesos del Cordero nos recuerda una vez más que Él es el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo (19,33; cf *Ex 12,46*), etc.

Es decir, que si todo el evangelio muestra cómo los signos prefigurados en las páginas del Antiguo Testamento se cumplen plenamente en Jesús, el relato de la pasión parece concatenarlos y concentrarlos de un modo supremo. Esto nos invita también a nosotros a

⁴³ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 455-515; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 323-328; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (III) 268-369.

unificar nuestra percepción simbólica de la existencia desde un centro teológico que es la misma pascua del Señor, para lograr entender cómo es que sólo desde allí se anudan los significados más profundos de lo que nos va tocando vivir.

14.1. El prendimiento

“Jesús pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron él y sus discípulos. Pero también Judas, el que le entregaba, conocía el sitio (...). Llega allí con la cohorte y los guardias enviados por los sumos sacerdotes y fariseos, con linternas, antorchas y armas. Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ‘¿A quién buscan?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno’. Respondió Jesús: Ya les he dicho que yo soy; así que si me buscan a mí, dejen marchar a éstos’ ” (18,1-9).

El relato se inicia diciendo que “había un huerto [=kēpos]” (18,1). La expresión vuelve a aparecer en el momento en que Jesús es colocado en el sepulcro, en vísperas de su resurrección (19,41). Esto ambienta el relato de la pasión en una especie de Edén, o huerto primordial (cf *Gen 2,8*)⁴⁴. Es decir, incluso la pasión está impregnada de una unción o glorificación anticipada que remite al orden creacional: el actual caos de la pasión preludia la nueva creación, como acontecía en la mitología de los pueblos arcaicos, en donde la catástrofe no anunciaba principalmente un final absoluto, sino más bien la completa renovación del cosmos⁴⁵.

Pero además, el lector del cuarto evangelio ya sabe que el prendimiento de Jesús está subordinado al triunfo y manifestación real del Hijo de Dios sobre el mundo y la muerte. Nada más que a modo de ejemplo, cuando los judíos con los soldados van en busca de Jesús, éste les pregunta: “¿A quién buscan?” (v.4). Y cuando le dicen: “A Jesús el nazareno”, Él les responde: “Yo soy” (*ib.*), haciéndolos caer en tierra, como si se tratase de una hierofanía (cf *Gen 17,3; Jos 5,14; Ez 1,28; Dn 8,17-18; 10,9*). La afirmación “Yo soy” se repetirá con algunas variantes dos veces más (cf vv.6 y 8). Podría interpretarse que Jesús es el tres veces santo (cf *Is 6,3*). Y si esto es así, vivirá para siempre.

⁴⁴ Sobre el simbolismo del huerto / jardín ver la voz “Paraíso” en: CHEVALLIER, J., *o.c.*, 800-802.

⁴⁵ Cf ELIADE, M., *o.c.*, 61-70.

14.2. Las negaciones

“Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el atrio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, junto a la puerta. Entonces salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo pasar a Pedro. La muchacha portera dice a Pedro: ‘¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?’ Dice él: ‘No lo soy’. Los siervos y los guardias tenían unas brasas encendidas porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos calentándose (...).

“Estaba allí Simón Pedro calentándose y le dijeron: ‘¿No eres tú también de sus discípulos?’ Él lo negó diciendo: ‘No lo soy’. Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dice: ‘¿No te vi en el huerto con Él?’ Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo” (18,15-18.25-27).

No deja de ser sugerente la afirmación de que, comenzado el juicio, *“Pedro se quedaba afuera”* (v.16). En cierto modo, también estaba “fuera” cuando, no comprendiendo las intenciones de su Maestro en el momento del prendimiento, intentaba defenderlo “a lo humano”: *“Vuelve la espada a la vaina. La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?”* (v.11).

Cuando a muy poco le pregunten a este mismo discípulo si es de los de Jesús, dirá: *“No lo soy”* (v.17). Y por el contrario, se hará notar que cuando *“los siervos y los guardias tenían una brasas encendidas porque hacía frío, y se calentaban; también Pedro estaba con ellos calentándose”* (v.18). Es en ese momento en que *“estaba con ellos calentándose”* que le dicen: *“¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy”* (v.25). O nuevamente: *“¿No te vi yo en el huerto con él? Pedro volvió a negar, y al instante cantó un gallo”* (vv.26-27).

De este modo, el evangelio subraya de un modo intencional la presencia de un mundo simbólico que aleja a Pedro de Jesús: está afuera, donde hace frío y es preciso calentarse; no está con Jesús sino con el grupo de servidores del Sumo Sacerdote; no es de los discípulos de Jesús ni está con él en el huerto. En plena pasión, Pedro está en la antípoda de lo que debería ser un verdadero discípulo.

No obstante, podríamos aventurar que sus negaciones son una elocuente expresión del desconcierto que en realidad viven todos los discípulos, y de lo que él simplemente se

convierte en portavoz⁴⁶. En realidad la “distancia” que se establecía entre ellos y su Maestro era apabullante: por más que lo hubieran querido, no terminaban de poder estar con él (salvo el discípulo amado que había “entrado”).

Creo que también en nuestras vidas podemos pasar por momentos de profundo desconcierto, que nos pueden hacer percibir a Jesús como si fuera un gran desconocido...

14.3. Juicio y condena

“Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: ‘¿Eres tú el rey de los judíos?’ Respondió Jesús: ‘¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?’ Pilato respondió: ‘¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?’ Respondió Jesús: ‘Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí’. Entonces Pilato le dijo: ‘¿Luego tú eres rey?’ Respondió Jesús: ‘Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz’ ” (18,33-37).

En los cuadros referentes al juicio y condena se han deslizado algunas ironías. Por ejemplo, se dice que los Sumos Sacerdotes “*no entraron al pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua*”, y que “*salió entonces Pilato*” (vv.28-29). Es decir, el mismo Pilato, representante de las fuerzas de ocupación, parece tener mejor disponibilidad hacia el Rey de los judíos que los mismos líderes de Israel. Pero además, estos se concentran en la pureza de prácticas rituales y no ven que están matando al Hijo de Dios. La pregunta para el lector es obvia: ¿cuál de las dos actitudes “contamina” más en vísperas de la celebración pascual, entrar al Pretorio o entregar al Hijo de Dios?

El diálogo que Jesús sostiene con Pilato sirve para intentar aclarar en qué sentido Él es rey. De hecho ese tipo de títulos y tratamientos Jesús parece haberlos querido evitar a rajatabla a lo largo de todo su ministerio público: no quería convertirse en cómplice de las restringidas expectativas mesiánicas del nacionalismo hebreo.

⁴⁶ Sobre el significado de las negaciones de Pedro en el conjunto de su experiencia como discípulo, cf RAMOS, G. – BILÓ, D., *o.c.*, 20-24.

Por eso Jesús, cuando Pilato le pregunte: “¿Eres tú el rey de los judíos?” (v.33), inquirirá si eso lo dice por su cuenta o si es que se lo han dicho. Si bien en ambos casos las interpretaciones podían ser restringidas, en el caso de que Pilato lo pensase por sí mismo no habría dudas de que la pretensión regia que atribuiría a Jesús sería una de connotaciones meramente políticas.

En este contexto, Jesús, falto aparentemente del más elemental sentido común, si bien aclarando que su reino “*no es de este mundo*”, responde contundentemente: “*Sí, como dices, soy rey*” (v.37). Esto dará pie para que los Sumos Sacerdotes pidan maliciosamente su crucifixión, insistiendo en esto tres veces: “*¡Crucificalo, crucificalo!*” (19,6); “*¡Crucificalo!*” (v.15); porque (¡otra nueva ironía!): “*no tenemos más rey que el César*” (v.15).

De este modo se desencadena el final. El relato refiere la crucifixión del Señor (19,17-22); el reparto de sus vestidos (en el que se incluye el sorteo de la túnica sin costura, símbolo de su sumo sacerdocio) (vv.23-25); el cuadro en donde aparece Jesús con su madre y el discípulo amado (vv.25-27); la muerte de Jesús para que todo se cumpla (vv.28-30); y la lanzada (vv.31-37), para que brote sangre y agua (símbolos eucarístico y bautismal respectivamente).

Finalmente, en vísperas de la pascua, José de Arimatea y Nicodemo “*tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas*” (v.40). Ya en el huerto (que nos recuerda el paraíso de la nueva creación [cf 1,1]), los aromas de la unción (que como en Betania nos hablan del rey-esposo [cf 12,3), y la referencia al sepulcro nuevo (que nos remite a la revivificación de Lázaro [v.41; cf 11,38ss]), preludian, como un acontecimiento ya inminente, la resurrección de Jesús.

Posiblemente, en los momentos más oscuros de nuestras vidas, nos cueste percibir la luminosidad subyacente a lo que padecemos. Sin embargo, la pasión según san Juan nos invita a mirar con optimismo los momentos más trágicos de nuestra existencia, con la convicción de que el Señor ha triunfado sobre el poder del pecado y de la muerte. En el misterioso plan providencial de Dios, todo tiene un sentido último de gloria y esplendor...

15. El resplandor de la resurrección: la glorificación

Los relatos de la resurrección aparecen enmarcados por un contexto de resplandor⁴⁷. Procuran mostrar que los eventos de la pasión quedaban como incluidos dentro de lo que el mismo Jesús denominó la “hora” de su “glorificación” (cf 17,1.4-5); es decir, su vuelta al Padre (cf 15,28). Por eso lo que más se destaca en los mismos es la misión consoladora y pacificadora de Jesús; donde los símbolos del blanco y de la luz contrastan con los tonos de las oscuras tinieblas, que merodeaban en las páginas precedentes por la falta de fe.

15.1. La aparición a María Magdalena...

“El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro (...). Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Ellos le dicen: ‘Mujer, ¿por qué lloras?’ Ella les respondió: ‘Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto’. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: ‘Señor, si Tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré’. Jesús le dice: ‘María’. Ella se vuelve y le dice en hebreo: ‘Rabbuní -que quiere decir: ‘Maestro’-. Le dice Jesús: ‘Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes’. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: ‘He visto al Señor’ y que había dicho estas palabras” (20,1.11-18).

En efecto, María Magdalena (cf *Mc* 16,1; *Mt* 28,1; *Lc* 8,2) va al sepulcro “*el primer día de la semana*”, cuando “*todavía estaba oscuro [=skotías]*” (20,1). Está oscuro porque ella aún no ha hecho experiencia de fe (el primero que la hará será del discípulo amado, en el cuadro que comentaré a continuación). Además, la oscuridad nos remite a *Gen* 1,2, al caos primordial, al momento en que todavía no había sido pronunciada ninguna palabra, antes de que fuera creada la luz. El llanto de María, por su parte, nos recuerda la escena de Lázaro y

⁴⁷ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 517-539; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 328-330; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (III) 370-420.

el sepulcro (cf 11,33ss), donde también muchos de los presentes y Jesús mismo están llorando.

En este caso, María va al sepulcro porque la guía el amor hacia Jesús y el deber de cumplir con los ritos funerarios. Pero inesperadamente, se encuentra allí con “dos ángeles de blanco” (v.13): ellos son indicios de la nueva creación que ya ha despuntado. Le preguntan a María: ‘*Mujer, ¿por qué lloras?*’ ” (v.13). Es la misma pregunta que poco después le hará el mismo Jesús: “*Mujer, ¿por qué lloras?*” (v.15).

Notemos que María Magdalena es llamada “mujer”, como la madre de Jesús (cf 2,4; 19,26), la samaritana (cf 4,21), y la mujer adúltera (si bien en este último caso se trata de un texto interpolado con posterioridad en el evangelio de Juan, cf 8,10). La expresión “mujer” remite a *Ap 12,1* y *Gen 3,15*, y personifica al pueblo de Dios, o incluso a la misma humanidad en camino de justificación, en marcha hacia la luz.

La referencia al número dos podría tener que ver con la capacidad de dar testimonio (“aclarar las cosas”), y por eso eran dos también los discípulos de Emaús. Pero la referencia a los dos ángeles también nos remite a los dos jóvenes de Marcos: el primero desnudo en el contexto de la pasión (14,52), y el segundo sentado y vestido de blanco (16,5). El blanco podría estarnos recordando la transfiguración del Señor (cf *Mc 9,3*), a modo de símbolo de triunfo y resurrección.

Pero además, la pregunta busca consolar: más aún, como en el caso de los discípulos de Emaús, una vez expresado el motivo de la angustia, aparece la posibilidad de iluminar la vida con el evento de la resurrección. Es lo que procuran hacer los ángeles, y de un modo más personalizado el mismo Jesús: “*María (...). Rabbuni*” (v.16). Es decir que, irónicamente, habiendo confundido a Jesús con el encargado del huerto (en sentido literal), termina reconociendo al verdadero “*encargado del huerto*” (v.15) (o paraíso, en sentido alegórico)...

Con este descubrimiento, la referencia genérica a la “mujer” cobra rostro y nombre preciso: “*María*”. Es el único nombre femenino que pronuncia Jesús en el cuarto evangelio. En ella, que de hecho desempeñó un rol protagónico en el período apostólico, podría estarse representando a la comunidad joánica que se abre a la fe ya de un modo explícito (a diferencia de los que se vinculan a ella de un modo más velado, como Nicodemo o José de Arimatea). Y así como Natanael hizo su profesión de fe cuando se vio “conocido” por Jesús

(cf *Jn* 1,47-49), del mismo modo María Magdalena lo reconoce como el Maestro con mayúsculas cuando se siente llamada por su propio nombre.

De un modo análogo ocurrirá con Pedro, en el diálogo que mantendrá con Jesús resucitado, en donde será llamado por tres veces “*Simón de Juan*” (21,15-17). En este caso se tratará del único vocativo masculino puesto en boca de Jesús⁴⁸, y provocará en Pedro una decisiva conversión al Señor.

Podríamos decir que también en nuestro caso, en la medida en que nuestro itinerario de discípulos nos personaliza en nuestra condición de originales e irrepetibles hijos/as de Dios, vamos descubriendo más acabadamente al Señor resucitado. O también inversamente, la experiencia del resucitado va personalizando cada vez más nuestra vida. Porque la fe no se opone a lo que de originalmente humano hay en cada uno de nosotros, sino que más bien lo consolida y eleva.

15.2. ... y a los discípulos

“Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve los lienzos en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos” (20,3-9).

También los discípulos varones hacen experiencia de la resurrección: el discípulo amado en primer lugar (v.8), y en la redacción final del cuarto evangelio, antes incluso que María Magdalena. Juan pone nuevamente en relación a Pedro con el discípulo amado. Dice que corren juntos, “*Pedro y el otro discípulo*” (v.3), pero que éste último llega primero. Sin embargo, como reconociendo una cierta autoridad y primacía del primero, no entra. Ahora

⁴⁸ A no ser el de Felipe, dicho de pasada en 14,9, pero que como ya dijimos no forma parte de la redacción original (o más antigua) del cuarto evangelio.

bien, cuando lo hace, el texto afirma que “*vio y creyó*” (v.8). Como en la pesca milagrosa del capítulo 21, el discípulo amado percibe las cosas antes que Pedro. En este caso le basta con ver los lienzos y el sudario para acceder a la fe.

Sin embargo, es cierto que uno podría decir que el sepulcro vacío, de por sí, no es un argumento contundente de credibilidad: por más que el evangelista se esmere en describir cómo encontraron los discípulos el sepulcro, y cómo estaban dispuestos el sudario y las vendas, es consciente de son necesarias las apariciones del resucitado para suscitar la fe. Por eso Jesús se tendrá que aparecer expresamente a los discípulos...

“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con ustedes’ ” (v.19).

Nuevamente, se trata del primer día de la semana, el día de la nueva creación, después del descanso sabático. Se habla de “puertas cerradas” y “miedo a los judíos”. Todo da a entender de que era el momento menos propicio para que Jesús se presentara y diese a conocer, ya que la actitud de sus discípulos era más bien defensiva.

Sin embargo, Él se les aparece. El texto quiere destacar la novedad de esta aparición, que para nada era esperada por sus acobardados discípulos. El saludo del resucitado es entonces de paz: “*La paz con ustedes*”. La expresión se repetirá por tres veces (vv.20. 21 y 26). El término *shalóm*, expresión hebrea subyacente a la palabra “paz”, denota no solo tranquilidad y ausencia de guerra, sino también “pleno sentido”. De este modo, el resucitado trae “pleno sentido” a la vida de los discípulos que para ese momento estaban todavía bastante desconcertados. El evangelista quiere poner de manifiesto que la verdadera *shalóm* solo puede ofrecerla a los suyos Cristo resucitado.

Sin embargo, el relato hace notar la ausencia de Tomás en ese momento; como así también su resistencia a creer en el testimonio del resto, cuando a su regreso le insisten: “*Hemos visto al Señor*” (v.24). Daría la impresión de que Tomás, que hasta hacía un tiempo había manifestado estar dispuesto a morir con Jesús en Galilea (cf 11,16), quisiera tener ahora mayores garantías sobre la veracidad de lo que sus hermanos le testimonian...

15.3. “Señor mío y Dios mío”

“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: ‘La paz con ustedes’. Luego dice a Tomás: ‘Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente’. Tomás le contestó: ‘Señor mío y Dios mío’. Le dice Jesús: ‘Porque me has visto has creído. Dichos los que no han visto y han creído’ ” (20,26-28).

En efecto, transcurridos ocho días, Jesús se le aparecerá también a Tomás, y entonces también él creerá: *“Señor mío y Dios mío”* (v.28). En esta expresión se visualiza la dificultad que experimentaron quienes no habían visto o conocido personalmente al Señor, después de la primera generación de discípulos. Pero el relato parecería haber sido colocado para confirmarnos también a nosotros en la fe, que análogamente a Tomás, debemos fiarnos del testimonio de una tradición bimilenaria de cristianos para acceder a la objetividad de la misma. Porque tampoco a nosotros se nos apareció personalmente el Señor, sino que la fe nos fue transmitida de forma mediada. Y entonces es puesta en boca de Jesús una exhortación que sigue siendo válida para nosotros: *“No seas incrédulo sino creyente [=mé ápistos anla pistós]. Dichosos los que no han visto y han creído”* (v.29).

Podríamos preguntarnos si nos esforzamos por conocer y profundizar seriamente los fundamentos de nuestra fe; sobre todo cuando vemos que una amplia gama de novelas con pretensión de historicidad buscan dar explicaciones fantasiosas sobre los orígenes cristianos, o sobre aspectos fundamentales que hacen a nuestras convicciones de creyentes, ignorando o tergiversando el contenido de los documentos históricos verdaderamente existentes...

16. La escena junto al lago: *el seguimiento*

Este relato fue añadido posteriormente al evangelio, y parece recuperar algunos de los temas más significativos del mismo⁴⁹. A lo largo de anteriores meditaciones ya he venido haciendo referencia a algunos de los aspectos que entretujan este último cuadro del cuarto evangelio: por eso aprovecharé esta ocasión para recapitular algunos de los principales hilos que atraviesan las páginas precedentes. Posiblemente esta misma intención haya motivado la redacción posterior de este epílogo, por parte de algún discípulo de la comunidad joánica (cf 21,24).

La escena nos recuerda el episodio de la pesca milagrosa de Lc 5,1-11: también allí la cantidad de pescado obtenido después de una noche de fracaso es un signo más que evidente de la presencia de Dios (cf v.8). En nuestro caso, los símbolos parecen concentrarse y yuxtaponerse: la pesca, la barca, la comida, los discípulos con Simón Pedro a la cabeza, el diálogo y la triple profesión de amor, el seguimiento...

16.1. “*Es el Señor*”

“Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: ‘Voy a pescar’. Le contestan ellos: ‘También nosotros vamos contigo’. Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Cuando amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Les dice Jesús: ‘¿Muchachos, ¿no tienen nada que comer?’ Le contestaron: ‘No’. Él les dijo: ‘Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán’. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: ‘Es el Señor’. Cuando Simón Pedro oyó ‘es el Señor’ se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Les dice Jesús: ‘Traigan algunos de los peces que acaban de

⁴⁹ Cf RIVAS, L., *o.c.*, 541-554; FERNÁNDEZ RAMOS, F., *o.c.*, 330-332; SCHNACKENBURG, R., *o.c.*, (III) 421-480.

pescar'. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres" (21,1-11).

Tenemos una vez más a Pedro y al discípulo amado, cada uno con su misión eclesial. Liderando el grupo, dice el primero: "*Voy a pescar*". Y como no podía ser de otro modo, el resto responde: "*También nosotros vamos contigo*" (21,3). Sin embargo, cuando después del diálogo con "el hombre de la orilla" realizan una pesca impensable, es "*el discípulo a quien Jesús amaba*" (cf 20,8; 13,23) quien "*dice a Pedro: 'Es el Señor'*" (v.7). Y sólo entonces él se dio cuenta del alcance simbólico de esa pesca...

Hay algunos detalles complementarios que no dejan de ser interesantes. En la comida al borde del lago, los discípulos reciben de Jesús tanto el pan como el pez (v.13). Esto nos recuerda el episodio de la multiplicación de los panes, donde también el signo se constituye a partir de panes y peces que (a diferencia de los sinópticos) distribuye el mismo Jesús (cf 6,9). Además, la cantidad de discípulos era de siete: es decir, la comunidad perfecta (o escatológica). Y los que son mencionados por el nombre son de lo más representativo del evangelio: Simón Pedro (con quien Jesús dialogará en particular), los hijos de Zebedeo (que en los sinópticos participan de los episodios tanto de la transfiguración como de Getsemaní), Natanael (el escéptico que acabó creyendo), Tomás (el que no creyó hasta que vio) y el discípulo amado (el que vio y creyó inmediatamente).

No deja de ser también sugerente el hecho de que haya sido el mismo Simón Pedro el que "*subió y sacó la red a tierra*" (v.4). Es él quien se hace cargo de los ciento cincuenta y tres peces (un número de base 17⁵⁰, en el que, además, 10 + 7 expresa multitud y perfección). Es decir, que Pedro, una vez "vuelto" (cf *Lc* 22,32), aparece como el que está a cargo de la multitud de discípulos que creerán en Jesús, para llevarlos a la plenitud de la fe (cf *Hch* 2,14ss; 3,11ss; 4,8ss).

Intentemos ahora una aplicación pastoral de la escena. En la actualidad nosotros reconocemos en la persona del Papa al legítimo sucesor de Pedro. El Papa no tiene todos los carismas, como tampoco Pedro los tuvo; pero como él, es capaz de discernir lo que el Espíritu va diciendo a tantos "discípulos amados" presentes en la Iglesia. También hoy el

⁵⁰ Es decir, $1 + 2 + \dots + 17 = 153$.

Papa es el responsable último de la pesca y de confirmar a los hermanos en la fe. También él es el referente último de los discípulos al momento de emprender actividades, y por eso los cristianos secundamos sus iniciativas como lo hicieron los que estaban con Pedro cuando él decidió ir a pescar.

16.2. “Simón, ¿me amas más que estos?”

“Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: ‘Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?’. Le dice él: ‘Sí, Señor, tu sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis corderos’. Vuelve a decirle por segunda vez: ‘Simón de Juan, ¿me amas?’ Le dice él: ‘Sí, Señor, tú sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas’. Le dice por tercera vez: ‘Simón de Juan, ¿me quieres?’ Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ‘¿Me quieres?’ y le dijo: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero’. Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas’ (21,15-17).

Percibimos que el relato toma un carácter más íntimo en el diálogo entre Pedro y Jesús. Éste le pregunta por tres veces⁵¹ a su discípulo: “*Simón de Juan, ¿me amas más que estos?*” (vv.15. 16. 17; la tercera vez dice “*quieres*”; mientras que el “*más que estos*” aparece solo la primera vez). Con la referencia a la triple pregunta, instantáneamente nos viene a la memoria el recuerdo de la triple negación. En este caso Jesús intenta que Pedro “reactive” su amor, y obtenga un “digno resarcimiento”. Por eso se dirige a él llamándolo por el nombre: Simón de Juan.

La traducción de la expresión podría ser tanto “más que estos” como “más que a estos”. En ambos casos, lo que se pide a Pedro es que dirija su capacidad de amar principalmente hacia Jesús. Sólo entonces estará en condiciones de ocuparse de las ovejas o corderos. Si recordamos que al inicio del evangelio, Juan Bautista presentaba a Jesús como Cordero de Dios, podríamos inferir que lo que se pide a Pedro en lenguaje literalmente pastoral es que cuide con amor de Jesús presente en los discípulos.

16.3. “Tú sígueme”

⁵¹ Una vez más el número tres, que remite a las cuestiones fundamentales y decisivas.

“Pedro se vuelve y ve, siguiéndoles detrás, al discípulo a quien Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: ‘Señor, ¿quién es el que te va a entregar?’ Al verlo, Pedro dice a Jesús: ‘Señor, y éste, ¿qué?’ Jesús le respondió: ‘Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme’ (21,20-22).

Volviendo una vez más a la vinculación de Pedro con el discípulo amado, Jesús le dice al primero: *“Sígueme”* (v.19). El llamado en imperativo es más propio de los evangelios sinópticos: sin embargo había aparecido ya una vez en relación a Felipe en 1,43. Sabiendo de la libertad con que el Señor invita a ir y ver (cf 1,39), o incluso con que permite que sus discípulos se replanteen las opciones (*“¿También ustedes quieren irse?”* [6,67]), tendríamos que mantener la convicción de que Pedro ya ha hecho una experiencia acabada (y en cierto modo irreversible) de fe. De hecho él mismo dirá en la situación recientemente citada: *“Señor, ¿a quien vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”* (v.68). Esto mismo es lo que tal vez induzca a Jesús a decirle contundentemente: *“Cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras”* (21,18).

Sin embargo, ahora Pedro parece preocupado por la suerte del otro discípulo: Jesús le da a entender que esto no debe importarle a él; y que el hecho de que deba hacerse cargo de los corderos / ovejas no significa que deba entrometerse en todo. Por eso justamente le insiste: *“Tu sígueme”* (v.22). Como si le dijera “en criollo”: “Pedro, ocupáte de lo tuyo...”.

Me surgen dos reflexiones finales a partir del texto. 1) Por un lado, una aplicación eclesiológica que invitaría a mantener siempre un equilibrio entre carismas-santidad-itinerarios personales y normas-autoridad-bien común en la vida del pueblo de Dios. O también, entre Iglesia universal e iglesias particulares, en las cuales habría que respetar el espacio necesario para un camino inculturado de fe. 2) Por otro lado, una aplicación espiritual, que se apoya en la constatación de que a todos nos puede suceder que por momentos estemos más preocupados de la santificación y seguimiento que de Jesús hacen los demás que del propio itinerario hacia Dios...

Podríamos preguntarnos: *¿Estoy dispuesto a realizar en mi vida la voluntad del Padre como lo hizo Jesús a lo largo de la suya? ¿Lo voy concretando?*

Conclusión

Finalizo haciendo notar que el cuarto evangelio se presenta como una gran invitación litúrgica a entrar en la vida de Dios por medio de la fe pascual en el Hijo de Dios. Todos los signos [=sêmeia] que en él se refieren apuntan a que creamos, y creyendo tengamos vida (cf 20,30); a que pasemos de las tinieblas a la luz.

Podríamos decir con el Prólogo al evangelio, que la misma Palabra hecha carne ha puesto su *“morada entre nosotros”* para que contemplemos *“la gloria que recibe del Padre como Unigénito”* (1,14) y accedamos a la vida que está en Ella (1,3) por la fe (1,12). Porque como lo recuerda frecuentemente el Jesús joánico, el que cree ya tiene vida eterna, pero el que no cree ya está condenado: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (3,16).

Los modos de aproximación al misterio son muchos y variados, pero todos los símbolos acaban yuxtaponiéndose. Podría decirse que el evangelio según san Juan tiene por finalidad la de consolidar un movimiento anagógico hacia la Vida, en aquél que se aproxima al Hijo de Dios, el enviado del Padre. Este movimiento tendrá que finalmente plasmarse en el empeño por cumplir la voluntad del Padre, como lo hizo el Hijo (cf 5,30), haciendo de esto nuestro alimento como creyentes (cf 4,34).

Al concluir el capítulo 20 se afirma que *“Jesús realizó en presencia de los discípulos muchos signos que no están escritos en este libro”*, y que los que fueron escritos, están *“para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre”* (21,30). Por este eminente carácter simbólico y anagógico, el cuarto evangelio se presenta como sumamente apto para dialogar con las actuales búsquedas de Dios, en el contexto de un nuevo resurgimiento mundial de lo religioso. En particular, para hacerlo con esa sensibilidad e interés que la cultura global y postmoderna parece ir dirigiendo hacia el ámbito de lo simbólico (especialmente en occidente).

Porque, en efecto, los símbolos representados en el evangelio de Juan tienen connotaciones humano-espirituales en gran parte universales, y parecen accesibles a toda persona de buena voluntad que tenga un mínimo de sensibilidad estético-religiosa. Por eso, también hoy estos signos del Señor son ofrecidos a todos los hombres y mujeres, para que *“creyendo tengan vida en su nombre”*.

Índice

Prólogo

Introducción

1. La identidad del Bautista: *el testimonio*

Tener claro quién no se es

El testimonio de la luz

Aprender a desaparecer

2. Los primeros discípulos: *el encuentro*

A la búsqueda del Mesías

Quedarse con Él a lo largo de la jornada

“Lo hemos encontrado”

3. Las bodas de Caná: *la hora*

Una boda

“No tienen vino”

La hora, el primer signo y la fe

4. La purificación del santuario: *el nuevo templo*

Un signo profético en contexto pascual

El nuevo templo

Corolario pastoral

5. El llamado a nacer de lo alto: *el nuevo nacimiento*

“Tienes que nacer de nuevo”

“¿Cómo puede ser esto?”

“Hablamos de lo que sabemos”

6. La fuente de agua viva: *el agua*

En torno al pozo

“Dame de beber”

Los verdaderos adoradores

Tal vez sea el Mesías...

7. El hijo del funcionario real: *la fe*

“Fue a Él y le rogaba que bajase a curar a su hijo”

“Vete, que tu hijo vive”

“Creyó el hombre en la palabra de Jesús”

8. En torno a la piscina de Betesda: *el sábado*

Una espera que se hacía interminable

El signo de la liberación

Reacciones encontradas

9. La multiplicación de los panes: *el pan*

Decidirse a cruzar el lago

El gesto del pan...

...y el pan vivo bajado del cielo

10. El ciego de nacimiento: *la luz*

El ciego que recobra la vista...

...y los fariseos que no acaban de ver

La expulsión de la sinagoga y la fe

11. La resurrección de Lázaro: *la vida*

“Aquel a quien tú amas está enfermo”

“Basta con que tengas fe”

“El Maestro está ahí y te llama”

“Lázaro, sal fuera”

12. La unción en Betania: *el perfume*

La invitación

Un derroche aparentemente innecesario

La elocuencia de los gestos

13. El lavatorio de los pies: *el servicio*

“Comenzó a lavarles los pies”

“Si no te lavo no tendrás parte conmigo”

“Si yo que soy Señor y Maestro”

14. La pasión y muerte: *las tinieblas*

El prendimiento

Las negaciones

Juicio y condena

15. El resplandor de la resurrección: *la glorificación*

La aparición a María Magdalena...

...y a los discípulos

“Señor mío y Dios mío”

16. La escena junto al lago: *el seguimiento*

“Es el Señor”

“Simón, ¿me amas más que estos?”

“Tú sígueme”

Conclusión

Bibliografía

Bibliografía

1. Fundamental

RIVAS, L., *El evangelio de Juan. Introducción, teología, comentario*, San Benito, Buenos Aires 2005.

2. Complementaria

BROWN, R., *La comunidad del discípulo amado*, Sígueme, Salamanca 1983.

CHEVALLIER, J., *Diccionario de símbolos*, Herder, Barcelona 1995.

ELIADE, M., *Mito y realidad*, Labor, Barcelona 1991.

FERNÁNDEZ RAMOS, F., “Evangelio según San Juan”, en VVAA, *Comentario al Nuevo Testamento*, La Casa de la Biblia, Sígueme, Madrid 1995, 263-339.

LÓPEZ QUINTÁS, A., *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, Claretianas, Madrid 1990.

MARTINI, C. *Evangelio de San Juan y Ejercicios Espirituales ignacianos*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1986.

MENAPACE, M., “Apuntes del Retiro predicado al clero de la diócesis de Santiago del Estero, sobre el evangelio de San Juan” (Santiago del Estero 6/2000).

RAMOS, G., *El evangelio de la misericordia. Lucas en clave espiritual*, Claretiana, Buenos Aires 2004.

RAMOS, G. – BILÓ, D., *Claves para iluminar la noche de nuestro tiempo*, Guadalupe, Buenos Aires 2005.

ROSSANO, P. – RAVASI, G. – GIRLANDA, A. *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990.

RULLA, L., *Antropología de la vocación cristiana (I)*, Atenas, Madrid 1990.

SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según san Juan. Versión y comentario (4 vol.)*, Herder, Barcelona 1980-7.

WIDENGREN, G., *Fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid 1976.